

# **LA NUEVA PRESENCIA DEL HERMANO EN LA ESCUELA**

**H. Antonio Botana**

El 15 de diciembre de 1998 la Congregación para la Educación Católica me encargaba la elaboración del borrador de un documento con este tema: *“Presencia del Consagrado en la escuela”*. Un año más tarde, el 12 de diciembre de 1999, enviaba a Roma el borrador ya terminado. Después, siguiendo los trámites habituales en la elaboración de estos documentos, el borrador se entregaba a diversos expertos y representantes de congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza, para que aportaran sus correcciones e impresiones. A las sucesivas aportaciones siguieron nuevos borradores, elaborados por otros autores, hasta llegar a la redacción definitiva aprobada el 28 de octubre de 2002, con el título *“Las personas consagradas y su misión en la escuela”*.

El documento conserva muchas trazas de este primer borrador, pero es notoriamente diferente en el concepto de vida consagrada que lo sustenta, entre otras cosas, y el estilo ha dejado de lado la propuesta narrativa sustituyéndola por un discurso más descriptivo teológico.

A petición de diversas personas que conocían este borrador se publica ahora para los Hermanos, pensando que puede ayudarnos a repensar nuestra nueva presencia como *consagrados* en la escuela lasaliana de la misión compartida, en el comienzo del nuevo milenio... Creo que el carisma lasaliano está presente en él, incluso de manera evidente, como lo notará enseguida quien conoce la cultura lasaliana.

En el texto que aquí se publica he expurgado bastantes párrafos del original que eran más propios de un documento “oficial” y para un público muy amplio, y lo he personalizado en la figura del Hermano, pero dejando el contexto que nos permite sentirnos próximos a tantos consagrados y consagradas que también ejercen su misión en la escuela. En algunos casos he añadido las citas lasalianas de diversas frases de nuestra cultura que había vertido en el texto original.

## Siglas utilizadas

### Vaticano II:

- AG *Ad gentes.*
- GE *Gravissimum educationis,*
- GS *Gaudium et spes.*
- LG *Lumen gentium,*

### Magisterio:

- ChL *Christifideles laici.* Juan Pablo II.
- DRE *Dimensión religiosa de la educación en la escuela católica.* Congregación para la Educación Católica.
- EC *La Escuela católica.* Congregación para la Educación Católica.
- EN *Evangelii nuntiandi.* Pablo VI.
- LCT *El laico católico, testigo de la fe en la escuela.* Congregación para la Educación Católica.
- RM *Redemptoris missio.* Juan Pablo II.
- TMA *Tertio millenio adveniente.* Juan Pablo II.
- VC *Vita consecrara.* Juan Pablo II.

### Lasalianas:

- D *Declaración sobre el Hermano de las Escuelas Cristianas en el mundo actual* (1967).
- MD *Meditaciones para todos los domingos del año.*
- MR *Meditaciones para el tiempo de retiro.*
- R *Regla.*

# INTRODUCCIÓN

## El porqué de esta reflexión

□ La presencia de los consagrados en la escuela y en el mundo educativo en general se ha visto seriamente interpelada en las últimas décadas del siglo XX. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas no somos un caso aparte.

Diversos factores han repercutido de manera especial sobre estas vocaciones: no sólo su descenso numérico generalizado en las regiones de Occidente donde habitualmente habían florecido, sino también y sobre todo los cambios sociales y eclesiales de esta última época, que ponen en entredicho su modo tradicional de presencia.

□ ¿El resultado? Algunos comparan el efecto al de un vendaval que azota el árbol quebrando sus ramas, despojándolo de las más débiles y poniendo a prueba sus raíces. De hecho, en muchas escuelas en las que, al comienzo de esta etapa, había una nutrida presencia de personas consagradas, actualmente sólo queda una representación exigua, si no ha desaparecido totalmente; así sucede en buena parte de Europa.

Otros, en cambio, ven en esta etapa un “tiempo de gracia y de salvación” (cf. 2Co 6,2), tiempo de purificación y discernimiento, e incluso tiempo de refundación, porque el Espíritu está empujando a nuestros Institutos a dejarse dinamizar por sus carismas, a recuperar sus raíces más auténticas y redefinir su presencia en el mundo de la educación y en la Iglesia.

□ En esta parcela nuestra hemos de reconocer lo que Juan Pablo II afirma con más amplitud: “La vida religiosa atraviesa hoy un momento muy significativo de su historia, a causa de la exigente y vasta renovación que le imponen las nuevas condiciones socioculturales, en los umbrales del tercer milenio”<sup>1</sup>.

La reflexión que aquí ofrecemos no está motivada, pues, por un planteamiento teórico sino por una situación existencial que necesita ser iluminada. Dejándonos interpelar “por la Palabra revelada y por los signos de los tiempos” (VC 81) esperamos encontrar las claves profundas de la realidad que nos ha tocado vivir. A nosotros, Hermanos, como a todas las personas consagradas que se esfuerzan por hacer llegar el Evangelio a los jóvenes a través de la escuela, pueden aplicárcenos estas palabras de Juan Pablo II: “¡Vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa para recordar y contar, sino *una gran historia que construir!* Poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu Santo os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas” (VC 110).

□ La fidelidad se plantea como un reto, y así hay que escuchar estas palabras del Papa, no como una constatación ingenua: “Por su especial consagración, por la peculiar experiencia de los dones del Espíritu, por la escucha asidua de la Palabra y el ejercicio del discernimiento, por el rico patrimonio de tradiciones educativas acumuladas a través del tiempo por el propio Instituto, por el profundo conocimiento de la verdad espiritual (cf Ef 1,17), las personas consagradas están en condiciones de llevar a cabo una acción educativa particularmente eficaz, contribuyendo específicamente a las iniciativas de los demás educadores y educadoras” (VC 96).

---

<sup>1</sup> Juan Pablo II, *Audiencia a la Unión de Superiores Generales con motivo de su Congreso*, del 22-27 noviembre 1993.

# **1. La historia reciente de los consagrados en la escuela**

*“Crucemos a la otra orilla” (Mc 4,35)*

## **1.1 “Crucemos a la otra orilla”.**

El relato evangélico de Mc 4,35-5,20 nos muestra a Jesús y sus discípulos adentrándose en tierras paganas para anunciar el mensaje del Reino. El evangelista refleja aquí una situación típica de la vida eclesial: frente a la tentación de recluirse en el espacio religioso, en el terreno familiar o entre los más adictos, la Iglesia está urgida por su Maestro a desbordar cualquier supuesta frontera. Nada humano le es ajeno, y cualquier situación plenamente humana será siempre un potencial escenario para la Iglesia, un lugar apropiado para el anuncio de la Buena Nueva del Reino.

Nuestra presencia como consagrados en la escuela se explica porque nos hemos sentido aludidos por la propuesta de Jesús: *“Crucemos a la otra orilla”*; es allí donde están los niños y jóvenes, especialmente los que se encuentran “en el margen”. En nombre de Jesús, pero también en representación de la Iglesia, nos insertamos en los dominios de la cultura social, en el ámbito de la secularidad, a los cuales pertenece la escuela, y en ellos anunciamos y realizamos el Reino de Dios. Nuestra presencia en estos ámbitos quiere ser un signo de que el Reino está ahí presente.

## **1.2 “Se levantó una fuerte borrasca...”**

Nuestra implicación en la cultura y, por tanto, en el corazón de las cuestiones sociales, nos hace especialmente vulnerables a las transformaciones internas que se producen en el seno de la sociedad y a la evolución de la cultura. La segunda mitad del siglo XX se ha caracterizado por una auténtica conmoción cultural, especialmente en el mundo occidental, pero también, en mayor o menor medida, en extensas zonas geográficas del resto del planeta.

Los cambios producidos no llevan necesariamente en sí mismos el sello de lo negativo o lo perjudicial. Pero sí llevan consigo la dificultad propia de cualquier crisis de maduración, del cambio de dimensiones, de la aceleración en el proceso histórico.

A lo largo de estos años, las comunidades e instituciones de consagrados dedicados a la escuela han pasado por situaciones dramáticas y crisis dolorosas. En nuestro caso no lo ha sido menos. Hemos revivido en nuestra propia historia la realidad de la narración evangélica: “Las olas irrumpían en la barca hasta casi hundirla”; desde diversos sectores sociales, pero también desde las mismas comunidades cristianas hemos escuchado voces de descalificación o, cuando menos, de incompreensión: “este lugar no es apropiado para vosotros; sois más necesarios en otros lugares; no malgastéis aquí vuestra consagración”... Muchos religiosos y religiosas dedicados a la educación se han preguntado, a veces con angustia, por el sentido de su vida y si era posible armonizar en una misma identidad la doble condición de consagrado y educador. Y en la confusión del momento hubo quienes optaron por abandonar el campo de la escuela, buscando quizá otros apostolados de resultados más rápidos y vistosos; muchos otros dejaron su condición de consagrados por no encontrar motivación suficiente para unirla a la de educador.

## **1.3 “Maestro, ¿no te importa que perezcamos?”**

La pregunta de los discípulos a Jesús, dormido en la barca, se vuelve contra ellos. Si Jesús deja de estar presente en el horizonte inmediato de la acción del consagrado, éste termina perdiendo el fundamento y la motivación básica de su consagración; su propia

identidad, por tanto, queda en entredicho. “¿No nos importa perecer?”, deberían preguntarse en estos casos.

Así nos ha sucedido a nosotros cuando nos hemos insertado en la escuela como profesionales de la enseñanza al margen de nuestra significación profética, o bien hemos pretendido vivir de manera separada la vida espiritual y la dedicación a la enseñanza o a otras ocupaciones educativas, como en una especie de esquizofrenia que divide la personalidad del consagrado y la del educador. Frecuentemente, estas tendencias llevan unidas la acomodación a los criterios y valores de la sociedad y la incapacidad para el discernimiento espiritual; se cae en una especie de secularismo nivelador que poco a poco va destruyendo la vida de fe.

En la base de estos síntomas y actitudes que hemos señalado suelen estar las corrientes difundidas por los medios de comunicación y las propias dinámicas sociales, que nunca pueden ser percibidas del todo por quienes están inmersos en ellas, máxime cuando se ha perdido la capacidad de distanciamiento y contemplación de la realidad desde la fe.

Otras veces ha sido el activismo apostólico, el afán imprudente de dar respuesta a tantas necesidades como se detectan en el campo educativo, el que nos ha apartado de la Fuente de la que mana toda nuestra fecundidad, y nos ha impedido dedicar el tiempo necesario para encontrarnos con el Señor que nos llama a trabajar en su Viña. Es la tentación de la eficacia, que nos hace olvidar que *“no sólo de pan vive el hombre, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios”* (Mt 4,4).

Será necesario devolver el protagonismo a Jesús; sólo el poder de su Espíritu es capaz de hacer fecunda la obra que él nos ha encomendado. Pero también hemos de mantener viva la conciencia de la historia, pues es más fácil percibir la acción del Espíritu en nuestro presente al contemplar éste con perspectiva histórica.

#### **1.4 “¿Por qué estáis con tanto miedo?”**

Son muchas las dificultades que hoy presenta la educación de los jóvenes. La escuela tiene competidores sociales poderosos que frecuentemente actúan en dirección contraria; las circunstancias familiares de muchos jóvenes amenazan con esterilizar toda acción educativa de la escuela; y los valores que ésta intenta inculcar no tienen aliciente frente a los que ofrece la sociedad de consumo. Muchos educadores ven reducida su labor a la de meros enseñantes. En muchas naciones, los condicionantes legales hacen imposible un proyecto educativo de signo cristiano... En tal situación es comprensible la amenaza del desánimo que afecta a muchos educadores y, entre ellos, a quienes intentan evangelizar a través de la escuela.

A estas dificultades propias de la tarea educativa se añaden las que lleva consigo el decrecimiento numérico y el envejecimiento de los Institutos religiosos: “En algunas regiones del mundo, los cambios sociales y la disminución del número de vocaciones está haciendo mella en la vida consagrada. Las obras apostólicas de muchos Institutos y su misma presencia en ciertas Iglesias locales están en peligro. Como ya ha ocurrido otras veces en la historia, hay Institutos que corren incluso el riesgo de desaparecer” (VC 63). Los Institutos dedicados preferentemente a la educación no son una excepción a esa realidad. ¿Está, entonces, justificado el temor de muchos consagrados, ante la reducción y el envejecimiento de sus comunidades?

A pesar de estas realidades preocupantes, la pregunta de Jesús a sus discípulos sigue resonando en la Iglesia: *“¿Por qué estáis con tanto miedo?”*. Más que una recriminación es, ante todo, un desafío a leer nuestro tiempo en clave positiva, porque sigue siendo historia de salvación, tiempo en que el Espíritu actúa y renueva la faz de la tierra. Debemos dar respuesta a ese desafío; sin embargo, lo que el mundo necesita y espera hoy de nosotros no es tanto una justificación doctrinal, cuanto una actitud de vida: “Nuestros contemporáneos quieren ver en las personas consagradas el gozo que proviene de estar con el Señor” (VC 109).

En medio de las comunidades educativas los Hermanos transmitimos el signo de quien se siente poseído por un misterio que le desborda y ante el cual no tiene más remedio que proclamar, como los discípulos en la barca: “¿Quién es Éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?”. Por encima de cualquier realidad sombría, lo nuestro es proclamar con nuestra actitud el señorío de Jesús sobre la historia y confesarlo como cimiento y raíz de nuestra vida (cf Ef 3,17). De todo ello nace una fecundidad que se manifiesta en nuestra capacidad para concebir un proyecto educativo que sea al mismo tiempo proporcionado y utópico, pues al mismo tiempo que se adapta a la realidad limitada de los jóvenes la impulsa hacia su transformación. Y porque nos sentimos consolados y confiados en la autoridad de Jesús somos capaces de transmitir consuelo y esperanza (cf 2 Co 1,3-7) a los demás educadores que comparten la tarea escolar.

### **1.5 “Vino a su encuentro, de entre los sepulcros, un hombre con espíritu inmundo...”**

Las miserias humanas, del tipo que sean, es lo primero que conmueve el corazón de Jesús y sus discípulos. Fijémonos ahora en aquellas miserias que mantienen a la persona esclavizada y la impiden avanzar hacia su plena realización.

Los proclamadores del Evangelio -el mensaje de liberación por excelencia- tienen una especial sensibilidad para detectar y poner de manifiesto las diversas esclavitudes humanas. Y cuanto más libres son ellos mismos, más atraen hacia sí a los que yacen en la esclavitud. Ellos, como la Iglesia y en su nombre, tienen la obligación de anunciarles la liberación, “el deber de ayudar a que nazca esta liberación, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea total” (EN 30).

En el relato evangélico que orienta nuestra reflexión, el hombre de Gerasa poseído por un espíritu inmundo representa al ser humano esclavizado interiormente, aunque haga alarde de una libertad sin límites. Se refugia entre sepulcros, como expresión de aquellas degeneraciones de la cultura que conducen a la muerte. Está habitado por “una legión de espíritus” que pretenden hundirlo en el mal, hasta dejarlo incapacitado para realizarse como persona, a imagen de Dios.

El hombre de Gerasa nos remite a las ideologías opresoras (consumismo, hedonismo, fundamentalismos de todo tipo,...) que dominan amplios sectores de la humanidad y que perviven gracias a la deshumanización de los seres humanos. Estas expresiones culturales de muerte están infiltradas entre la cultura de la vida, como la cizaña entre el trigo, y no es fácil separarlas.

Los Hermanos hemos surgido en la historia para ir al encuentro de este hombre y despertar en él el ansia de una liberación integral. Desde la cercanía humana lo acompañamos en su proceso de liberación hasta que pueda estar “*vestido, sentado y en su sano juicio*” (Mc 5,15). En cierto sentido representamos la preocupación maternal de la Iglesia por la liberación de los hombres (cf SJBS, MR 201,2).

Desde una perspectiva más amplia, y sin olvidar la preferencia permanente por los más oprimidos, ofrecemos a los niños y jóvenes que se adentran en los dominios de la cultura un *itinerario cristiano hacia la perfección* (DRE 48). Precisamente ha sido una prioridad en nuestra labor el que, sin desequilibrar por ello la integridad del proceso educativo, subrayemos especialmente la interiorización del mismo. Sabemos que no hay liberación cristiana completa si no recomponen por dentro a los seres humanos; “que aún las mejores estructuras, los sistemas más idealizados se convierten pronto en inhumanos si las inclinaciones inhumanas del hombre no son saneadas, si no hay una conversión de corazón y de mente por parte de quienes viven en esas estructuras o las rigen” (EN 36).



Para realizar esta liberación-salvación, los Hermanos no nos situamos fuera de la cultura sino dentro mismo de ella, como transmisores que somos de esa misma cultura. Distancia y cercanía suponen una tensión no fácil de mantener, pero imprescindible para poder vivir la dimensión profética que debe caracterizar a todo consagrado. Este debe aparecer, no como un extraño a la cultura en la que evangeliza, sino como centinela de los valores culturales más auténticos y representativos de esa cultura, y como crítico insobornable de todo lo inhumano.

La escuela ha sido y es la estructura que tradicionalmente ha favorecido el desarrollo de una educación cristiana liberadora. Sin embargo, no produce esta liberación automáticamente, y menos una liberación evangélica; pues “no toda noción de liberación es necesariamente coherente y compatible con una visión evangélica del hombre, de las cosas y de los acontecimientos; que no es suficiente instaurar la liberación, crear el bienestar y el desarrollo para que llegue el Reino de Dios” (EN 35). Por eso nos empeñamos en crear en la escuela un ambiente comunitario *animado por el espíritu evangélico de libertad y de caridad* (GE 8). Sólo en la medida en que se produzca este ambiente podremos hablar de la escuela como una estructura que favorece la educación cristiana y, por consiguiente, la liberación evangélica.

### **1.6 “Entonces comenzaron a rogarle que se alejara de su término”.**

Al igual que Jesús y sus discípulos tras liberar al hombre endemoniado, los Hermanos sabemos lo que es el rechazo respecto de nuestra misión en la escuela. Lo hemos experimentado abundantemente a lo largo de nuestra historia, pero hoy se presenta bajo formas diversas que conviene distinguir:

Todo profeta, pronto o tarde, suscita la repulsa de aquellos que se sienten molestos por su anuncio o su denuncia. Los consagrados que ejercen su misión en el centro de la cultura, si su vida es interpelante por los valores que encarnan y su actitud es realmente liberadora, es normal que en un momento u otro sean invitados *“a salir del país”*.

Muchas culturas, especialmente la cultura occidental, han sufrido una rápida secularización, con el consiguiente replanteamiento de valores y fines, y con la puesta en crisis de las ideologías, los comportamientos y las estructuras identificadas con la época precedente. En esta situación la vida consagrada queda fácilmente marginada o descartada, como un residuo de épocas pasadas, y no se considera una opción de vida válida para los jóvenes.

Pero nuestro declive numérico no siempre se debe en exclusiva a los motivos aludidos. El motivo puede ser muy diferente, como lo es la desaparición de la actitud profética. La sociedad y la cultura necesitan que en su interior haya grupos que encarnen significativamente lo mejor de ellas, aquellos valores reconocidos socialmente pero más difíciles de asumir. Son grupos siempre minoritarios pero muy interpelantes; actúan de conciencia que, si es molesta para unos, es estímulo y señal de vida para otros. Cuando alguno de estos grupos deja de desempeñar esa función interpelante de conciencia viva, cuando ya no es molestia ni estímulo para la sociedad, ésta termina desechándolo por inútil o simplemente se diluye en la masa, con lo que no tarda en desaparecer. Tal vez nosotros mismos podamos reconocernos afectados por esta situación.

Todavía otra situación de rechazo, muy relacionada con la anterior, la descubrimos en las sociedades económicamente desarrolladas, que asumen progresivamente las funciones asistenciales que realizaban las instituciones eclesiales, donde las necesidades de escolarización están suficientemente cubiertas por la propia sociedad. Fácilmente se detecta en la opinión pública, pero también en la autocomprensión de los propios Hermanos, una identificación entre la dedicación a las tareas escolares y nuestra finalidad en cuanto educadores consagrados. De ahí a constatar nuestra irrelevancia actual no hay más que un paso. Pero la escuela no es finalidad sino medio. La finalidad del Hermano, la misión que ha recibido, es la educación humana y cristiana, es decir, desarrollar un proceso educativo



evangelizador, que se dirige con preferencia hacia los pobres. El Hermano se convierte en un elemento accesorio totalmente prescindible cuando pierde ese horizonte en su labor escolar; cuando se limita a mantener una organización académica por muy eficaz que sea; cuando no se esfuerza por desarrollar el proceso de evangelización hacia sus objetivos más elevados; cuando tienen más importancia los programas académicos que la atención a las personas o la creación de comunidad; cuando la educación para la justicia, la preocupación por los pobres, y entre ellos por los más pobres, no es una prioridad real en la acción educativa.

### **1.7 “Vete a tu casa, donde los tuyos, y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo...”**

Se puede calificar de feliz el final de esta narración tomada del evangelista Marcos: aquel que fue liberado se convierte en discípulo que continuará la misión en su propio país, “*en su casa*”, y el Evangelio será también anunciado entre aquellos que rechazaban a Jesús y al grupo de sus seguidores más cercanos. Estos no quedan anulados; simplemente se van a otra parte.

De igual forma, el panorama que hemos dibujado anteriormente no estaría completo ni sería justo sin referirnos a la entrada y protagonismo de los seculares en la evangelización. No es exacto decir “*entrada*”, pues a lo largo de toda la historia de la Iglesia encontramos abundantes ejemplos de cristianos seculares como testigos y agentes activos de la evangelización. Sin embargo, la corresponsabilidad misionera de los seculares ha dado un salto cualitativo en la etapa postconciliar, de tal forma que se hace obligado reconocer con sumo gozo: “La labor evangelizadora de los laicos está cambiando la vida eclesial” (RM 2).

Paradójicamente, entre los religiosos hay algunos para los que es un motivo de turbación esta progresiva preponderancia de los seculares en la acción evangelizadora de la Iglesia, y más concretamente en la educación cristiana. Su identidad de consagrados, quizá poco clarificada, entra en crisis al ver a los seculares realizar las mismas acciones, como si éstas fueran exclusivas de unos cristianos frente a otros. Quienes así recelan deberían imitar la actitud de Moisés frente a la del joven Josué, celoso éste porque algunos israelitas estaban profetizando en el campamento; Moisés no siente por ello amenazada su propia identidad de profeta, por eso responde a Josué: “*¿Quién me diera que todo el pueblo de Yahvé profetizara porque Yahvé les daba su espíritu!*” (Núm 11,29).

## **2. El presente, lugar del encuentro y el compromiso**

*“Señor, ¡que vea!”* (Mc 10,51)

### **2.1 “¿Qué queréis que haga por vosotros?” (Mc 10,36).**

El evangelista Marcos recoge esta pregunta que Jesús hace a sus discípulos Santiago y Juan cuando éstos vienen a pedirle algo. Inmediatamente después volvemos a escuchar la misma pregunta, pero esta vez al ciego Bartimeo (cf. Mc 10,51). Así quedan en contraposición las dos posturas, la de los dos discípulos, que todavía no han pasado por la experiencia iluminadora de la pascua e interpretan el seguimiento de Jesús como una forma de alcanzar la gloria, y la de Bartimeo, el ciego que desea ser iluminado para seguir a Jesús por el camino.

- *“Queremos sentarnos...”* (Mc 10,37): Es el talante de quien piensa más en sí mismo, en su prestigio, en su propio interés... que en las necesidades del Evangelio o en la extensión del Reino.

- *“Señor, que vea. ... Y al punto recobró la vista y le seguía por el camino”* (Mc 10,51-52): Es la disposición de apertura al Espíritu y a lo nuevo que Él siempre trae consigo.

“Sentarse” simboliza aquí la renuncia a la búsqueda, la tendencia a mantener estructuras caducas, o empeñarse en dar las respuestas de siempre sin poner en duda su validez actual, o añorar la gloria y la preponderancia de otros tiempos... Los Hermanos que están en esta postura viven desconcertados por el presente que se les antoja adverso; permanecen mirando a un pasado más o menos glorioso, no se enfrentan plenamente a la realidad, no son capaces de analizarla con objetividad, y mucho menos de descubrir su mensaje salvífico; simplemente “esperan” que todo vuelva a la “normalidad”, entendiéndola por tal la que caracterizó a otra época. Ante las situaciones problemáticas que se les van presentando se limitan a dar soluciones muy parciales, no integradas en un proyecto global.

En la respuesta de Bartimeo, en cambio, vemos simbolizada la voluntad de descubrir los signos de los tiempos, reconociendo a través de ellos la voz del Espíritu. Bartimeo, que estaba *“sentado al borde del camino”*, se ha desprendido de su capa y ha dado un salto para acercarse a Jesús. En muchos Hermanos percibimos hoy también una clara disposición de desprenderse de toda seguridad y de toda estructura que les impidan una respuesta dinámica a los signos de los tiempos. Bartimeo, en cuanto ha recobrado la vista, se reúne con los que siguen a Jesús por el camino: ésa es la conclusión del relato.

### **2.2 Los seguidores del Camino.**

Para el evangelista Marcos, el *camino* representa la actitud vital con la que se ha de realizar el seguimiento de Jesús, contrariamente a “estar sentado”. Los primeros cristianos así lo entienden, de tal forma que utilizan el término Camino para referirse al mensaje cristiano (cf. Hch 18,25.26; 19,9.23...), y ellos mismos se denominan gustosos *“seguidores del Camino”* (Hch 9,2). Se proclama así la naturaleza de la fe cristiana, que, más que acoger una doctrina, consiste en seguir a una Persona que se presenta a sí misma como Camino (Jn 14,6), siempre más allá de nuestras previsiones. En el trasfondo está, además, la imagen del Dios bíblico, que se revela a través de la historia y nos habla a través de los acontecimientos y de las personas.

En el momento actual de la historia los cristianos necesitamos recuperar esta “denominación de origen”, pero si alguien debe hacerlo de manera más llamativa y profética son los consagrados que ejercen su misión en la escuela; entre ellos, nosotros, los Hermanos:

- primeramente porque, siendo consagrados, nuestro primer ministerio en la Iglesia es el de ser signo y recordatorio de los rasgos más peculiares de la identidad cristiana;

- en segundo lugar porque, estando inmersos en el corazón de la cultura, debemos estar preparados para dialogar con ella; y sólo desde la actitud propia de quien vive en camino se puede comprender y dialogar con una cultura cuya característica global más evidente con relación a la de épocas pasadas es el cambio; el fenómeno de la globalización se encarga de que este cambio llegue incluso a los lugares más recónditos;
- finalmente, es esencial a toda escuela, pero especialmente a la escuela católica, utilizar una pedagogía que ponga al hombre en camino; pero esta pedagogía sólo será eficaz si está desarrollada por personas que hayan asumido en su vida esa misma actitud.

Guiados por el Espíritu y a la luz de la Palabra de Dios los Hermanos hemos de contemplar el presente con ojos de profeta, y así es como descubriremos en él las raíces del futuro. Reunidos con los demás creyentes intentamos construir el proyecto del Reino sin preocuparnos excesivamente de nuestra propia supervivencia, creyendo firmemente en las palabras del Señor: *“Quien pierda su vida por mí la encontrará”* (Mt 10,39).

### **2.3 *“¿Qué debo hacer, Señor?”* (Hch 22,10)**

Cuando el Apóstol Pablo narra su experiencia vocacional (cf. Hch 22,3-21) condensa en esta pregunta –*¿Qué debo hacer, Señor?*– el cambio global de actitud que se ha dado en él al dejar su propio camino para entrar en el de Jesús. La respuesta a esa pregunta no la encontrará en el cumplimiento exacto de la Ley y las tradiciones de la Sinagoga, sino en la escucha de las personas, la lectura de los acontecimientos y la contemplación de la Palabra.

Los Hermanos, si queremos afrontar el presente, única forma de preparar el futuro, hemos de atrevernos a hacer la misma pregunta que Pablo: *¿Qué debo hacer, Señor?* Pero esta pregunta sólo tiene garantías de autenticidad cuando va precedida de la disposición de “levantarse”, pues ésa será la primera exigencia de la respuesta (cf. Hch 22,10.16); es decir, hay un talante previo en el consagrado que quiera ser fiel al tiempo presente: es la disposición personal al cambio y la desinstalación, sin la cual de poco valdrá la renovación de estructuras.

La pregunta no se hace a sí mismo en una especie de soliloquio, sino que tiene un interlocutor explícito: el Señor Jesús; es su voluntad la que se intenta conocer y cumplir. Habrá, pues, que prestarle atención, lo cual solemos expresar también de otra forma: *ser contemplativos*, para descubrirlo en las personas y en los acontecimientos a la luz de la Palabra.

La disociación de este binomio -de una parte, personas y acontecimientos; de otra, la Palabra- deja incapacitado al Hermano para una lectura sacramental de la realidad, que le permite romper la corteza exterior y tener acceso a Dios que se manifiesta en nuestro mundo concreto. Si quiere vivir el momento presente como tiempo de gracia y salvación, el Hermano deberá ser contemplativo en la oración y en la acción, como dos momentos de la misma experiencia de Dios: “Las personas consagradas, en virtud de su vocación específica, están llamadas a manifestar la unidad entre autoevangelización y testimonio, entre renovación interior y apostólica, entre ser y actuar, poniendo de relieve que el dinamismo deriva siempre del primer elemento del binomio” (VC 81).

### **2.4 *En sintonía con el mundo para oír al Espíritu.***

El Espíritu de Dios deja oír su voz a través del mundo: de los anhelos y esperanzas del hombre y la mujer de hoy, del progreso y las lacras de los pueblos, de las transformaciones de la cultura, del grito de los desheredados, de las reivindicaciones de los grupos minoritarios y marginales, de la conquista de los derechos humanos... La Iglesia ha intensificado su atención a

estos signos, de manera especial desde el Concilio Vaticano II, para descubrir a través de ellos los designios del Espíritu y ajustar así su proceder. “En realidad, tras los acontecimientos de la historia se esconde frecuentemente la llamada de Dios a trabajar según sus planes, con una inserción activa y fecunda en los acontecimientos de nuestro tiempo” (VC 73).

El hecho de ser educador y consagrado es para el Hermano un doble motivo para vivir en permanente sintonía con el mundo: para esforzarse por vivir los problemas de los hombres y las mujeres de hoy, para aplicarse a discernir con simpatía las características peculiares de los jóvenes y para permanecer resueltamente unidos con ellos, en comunión de amor, aceptándolos tal como son (cf Declaración 3.5).

Ahora más que nunca se ve necesitado el mundo de que las personas consagradas a Dios testimonien que le conocen y le aman como a ser viviente, desde el corazón mismo de las realidades profanas y de la vida de los hombres (Declaración 11.4). La escuela es un medio especialmente adecuado para realizar este servicio a la sociedad; pero, para hacerlo adecuadamente, es preciso “poseer una profunda experiencia de Dios y tomar conciencia de los retos del propio tiempo, captando su sentido teológico profundo mediante el discernimiento efectuado con la ayuda del Espíritu Santo” (VC 73).

Para mantenerse en sintonía con el mundo sin perder su propia identidad de testigos de la Buena Nueva, los Hermanos debemos vivir en un constante flujo y reflujo entre la contemplación de la realidad social que nos toca vivir y la contemplación del Evangelio. En este diálogo, acercándonos con una mirada positiva a la cultura y al modo de ser de nuestros contemporáneos, nos será fácil leer “entre líneas” las invitaciones que el Espíritu nos dirige para vivir hoy nuestra consagración.

Refirámonos, por ejemplo, a esa corriente tan influyente en la cultura actual y que se ha dado en llamar de forma genérica “postmodernidad”. Los jóvenes de nuestras escuelas crecen dentro de ella; sus educadores deben ser, pues, muy conscientes de esa influencia y del tipo de persona que desde ella se va originando, pues este hombre y esta mujer “postmodernos” son los destinatarios de su misión. Los cuadros que describen dicha corriente suelen ser bastante sombríos desde la óptica pastoral: se habla de “pensamiento débil”, subjetividad, pérdida de raíces, crisis de valores, desprestigio del compromiso, abandono de la utopía, absolutización del presente, negación de la historia y de todo proyecto histórico, relativización e incluso desprecio de los grandes relatos filosóficos y religiosos, pérdida de cualquier referencia universal...

Pues bien, debemos entrar en sintonía con la postmodernidad sin quedarnos anegados en ella; para evangelizar en su interior deberemos dejarnos interrogar por sus desafíos; a través de ellos posiblemente nos sintamos movidos a descubrir una nueva forma de presencia en la Iglesia y en el mundo: una vida consagrada que valora su propia debilidad actual como aquello que la hace fuerte, y desde su debilidad promueve signos de solidaridad con los más desfavorecidos, y se preocupa de ser fermento en la masa aunque tenga que dejar a otros el protagonismo, y da más importancia a las relaciones interpersonales que a la organización, y no consiente que la preocupación por la eficacia se imponga sobre la necesidad de la contemplación, y no se esconde tras los discursos ideológicos o los grandes enunciados teológicos, sino que confiesa con sencillez la gratuidad del misterio recibido de Dios y contemplado cada día en la propia vida.

Al mismo tiempo que se deja interrogar, el Hermano trata de responder a los desafíos de su tiempo y buscará “nuevas respuestas a los nuevos problemas del mundo de hoy” (VC 73). En su específico campo escolar “no se limitará a leer los signos de los tiempos, sino que contribuirá también a elaborar y llevar a cabo *nuevos proyectos de evangelización* para las situaciones actuales” (VC 73). Pero también intentará proponer a sus contemporáneos y a la cultura en que viven, nuevos desafíos que abran brecha en el horizonte demasiado limitado del bloque cultural, y ensanche las grietas que todo sistema ideológico lleva consigo.

## 2.5 *En comunión con el Pueblo de Dios.*

“La vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión” (VC 3). Siente con la Iglesia, palpita con ella y se renueva con ella. Por eso, cuando busca respuesta a su pregunta –*¿Qué debo hacer, Señor?–*, ha de escuchar la voz del Espíritu desde el interior de la Iglesia.

Y el Espíritu ha hablado para toda la Iglesia cuando ha suscitado en ella esa renovada conciencia, promovida en el Concilio Vaticano II, de ser Pueblo de Dios. En él todos sus miembros tienen una igual dignidad que sólo la da el Bautismo (ChL 55), todos tienen una común vocación a la santidad (ChL 16), todos son corresponsables de la misión evangelizadora de la Iglesia (EN 59), y en ella cada uno desde su vocación, desde su carisma, desde su ministerio, se convierte en signo para todos los demás (cf. ChL 55).

Se ha desarrollado una *eclesiología de comunión*, “idea central y fundamental de los documentos del Concilio”<sup>2</sup>; y ello ha ayudado a la Iglesia a hacer luz sobre el núcleo central de su propia identidad, hasta el punto de reconocer: “Esta comunión es el mismo misterio de la Iglesia” (ChL 18).

La comunión es el camino por excelencia que el Espíritu propone hoy a la Iglesia y, por tanto, a la vida consagrada; camino hacia el interior de sí misma, para encontrar su propia identidad, y camino hacia fuera, para llevar a cabo la misión: “La comunión genera comunión y se configura esencialmente como comunión misionera” (ChL 32).

Para entrar en este camino, es probable que hayamos de revisar nuestra forma de presencia, tanto personal como comunitaria, en las obras y en el conjunto de la Iglesia. Con un corazón abierto a la renovación, comprobemos si esa presencia está contaminada por actitudes que dificultan la comunión, quizá como residuo de épocas pasadas: actitudes de superioridad espiritual frente a los creyentes seculares; de acaparamiento de los puestos de poder, so pretexto de asegurar los objetivos apostólicos; de autosuficiencia frente a la pastoral de las Iglesias locales; de distanciamiento en las relaciones humanas con los demás educadores, o de falta de sensibilidad ante los problemas y situaciones típicamente humanas de los compañeros seculares...

La vida consagrada que se siente parte de la Iglesia-Comunión se presenta como comunidad de consagrados en un Pueblo de Consagrados, como grupo ministerial en una Iglesia toda ella ministerial; vive su carisma específico en relación y continuidad con los otros carismas eclesiales; participa en la misión de la Iglesia y la comparte, codo a codo, con los demás creyentes.

Los Hermanos, enviados a evangelizar en la escuela, encontramos en ella un campo propicio para el desarrollo de esta dimensión eclesial comunitaria.

Nuestra aportación en la escuela tiene entre sus principales objetivos el que ésta pueda realizarse “como una comunidad en la cual se expresen los valores por medio de auténticas relaciones interpersonales entre los diversos miembros que la componen” (EC 32). Siempre que sea posible, la comunidad de los Hermanos ofrecerá al conjunto de la comunidad educativa el signo profético de su vida fraterna (cf. Regla 51a-b). Como “expertos en comunión” (VC 46) los Hermanos despliegan en la escuela un dinamismo múltiple de comunión: promueven lazos humanos y espirituales y favorecen la colaboración y el enriquecimiento mutuo entre todos los miembros de la comunidad educativa.

---

<sup>2</sup> Cf. ChL 19, citando la II Asambl. Gen. Extraor. Sínodo de los Obispos (1985).

De manera particular se asocian con los creyentes seculares para una acción conjunta evangelizadora a través del proyecto educativo. Comparten con ellos su carisma y les invitan a participar de manera más intensa en la espiritualidad y en la misión del propio Instituto (cf. Regla 17), respetando siempre las peculiaridades de su identidad secular. No tienen necesidad de reservarse para sí tareas en exclusiva, del tipo que sean; al contrario, favorecen la actuación y creatividad de los seculares; y si en muchas ocasiones deben ir por delante será para abrir caminos a la misión y facilitar que otros puedan seguir por ellos.

Lo específico de la vida consagrada no está en determinadas tareas sino en ser signo, recuerdo y profecía de los valores fundamentales del Evangelio (cf. VC 33 y 84).

## **2.6 Un nuevo “ecosistema”. Adaptarse sin perder la identidad.**

Permítasenos emplear la imagen del *ecosistema*, tan familiar a muchos educadores, para representar el ámbito vital que nos acoge y en el que nos corresponde desarrollar la nueva evangelización.

Estamos en un ecosistema socio-eclesial que es muy diferente, por muchos motivos, al que vivieron nuestros mayores. Ya el concilio Vaticano II lo advertía con especial énfasis: “El género humano se halla hoy en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero” (GS 4). Muchos Hermanos pueden decir con razón que la formación inicial que recibieron no les preparó para afrontar los desafíos que hoy encuentran ni para dar las respuestas que hoy se espera de ellos. Eso no les dispensa del esfuerzo que deben hacer para vivir a fondo en este tiempo, pues el presente es, para cada creyente, el único lugar de encuentro con el Resucitado y el objeto de su envío; y es también el tiempo en que actúa el Espíritu abriendo nuevos caminos a la evangelización. “La nueva evangelización exige de los consagrados y consagradas una *plena conciencia del sentido teológico de los retos de nuestro tiempo*” (VC 81).

Animados, pues, por el Espíritu, los Hermanos se esfuerzan por discernir y asumir los nuevos retos; y lo hacen desde esa tensión dialéctica que da a la vida religiosa su peculiaridad profética, crítica y generadora de cambio. Se insertan en este nuevo ecosistema, adaptándose a sus leyes y relaciones internas, sin renunciar por ello a la propia identidad: desde la fidelidad al carisma fundacional, la comunión con todos aquellos que en la Iglesia están comprometidos en la misma empresa, especialmente con los Pastores, y la cooperación con todos los hombres de buena voluntad (VC 81). Estos principios orientadores, los Hermanos han de convertirlos en criterios y estilo de actuación en el ámbito concreto de la escuela.



### **3. La escuela, un lugar privilegiado para la misión del Hermano**

*“Dadles vosotros de comer”* (Mc 6,37)

#### **3.1 *El mandato de Jesús.***

La escena evangélica aludida en el título de esta tercera parte nos presenta a Jesús compadecido de la muchedumbre, *“porque parecían ovejas sin pastor”* (Mc 6,34). Les sacia ampliamente con el pan de su Palabra; y pide a sus discípulos que les repartan también el pan de la vida natural.

Es notoria en todo el Evangelio, y fuera de toda duda, la preocupación de Jesús por aliviar los sufrimientos y necesidades de la gente, y no podemos olvidar su solemne advertencia en Mt 25,31-46, al decirnos que él mismo se ha identificado con los más necesitados, y sólo los que le socorren heredarán el Reino prometido. De la misma forma, el encargo que reciben sus discípulos no se refiere sólo al anuncio del mensaje espiritual, sino también a la liberación de cuanto oprime a la persona y a su desarrollo humano (cf Mt 10,1; Mc 3,14-15; 6,12-13). “Entre evangelización y promoción humana -desarrollo, liberación- existen efectivamente lazos muy fuertes” (EN 31).

A lo largo de toda su historia la Iglesia se ha tomado muy en serio el mandato de Jesús: *“Dadles vosotros de comer”*, y su acción evangelizadora ha ido sistemáticamente ligada a la distribución del pan humano, en sus diversas formas: alimento, salud, liberación, cultura, etc. De manera especial, la historia de las Ordenes y Congregaciones religiosas relata este esfuerzo de síntesis, sin el cual no sería creíble el anuncio de la Buena Noticia del Reino.

#### **3.2 *El pan de la cultura.***

Convencida, pues, de que “debe atender a toda la vida del hombre” (GS, Proemio), consciente también de que “la educación es un elemento esencial de su misión” (VC 96), la Iglesia considera su deber el contribuir a hacer llegar a todos los hombres y mujeres, especialmente a quienes más carecen de ello, el pan de la cultura. De la posesión de este pan depende frecuentemente la posibilidad de alcanzar los otros panes que alimentan la vida humana. Más aún, es una condición básica para que la persona pueda realizarse íntegramente, pues “es propio de la persona humana el no conquistar nivel verdadera y plenamente humano si no es mediante la cultura” (GS 53).

Esta preocupación no tiene por qué desviarla de su finalidad: la Iglesia existe para evangelizar (cf EN 14;) y no puede limitarse a transmitir una cultura aunque ésta se califique de “cristiana”. “El Evangelio, y por consiguiente la evangelización, no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el Reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura y la construcción del Reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas” (EN 20).

#### **3.3 *El Hermano en la escuela: una presencia peculiar de la Iglesia.***

La presencia de la Iglesia en el mundo de la educación no se identifica sin más con la presencia de las personas consagradas en ese mundo. De hecho, la Iglesia se siente perfectamente representada por los bautizados seculares en los diversos ámbitos de la sociedad y de la cultura, entre los cuales se cuenta la escuela (LCT 9 y 24).

Y sin embargo, la Iglesia desea vivamente la presencia de los consagrados en la escuela. ¿Por qué? En una eclesiología de la comunión no se busca la exclusión o el



reemplazo, sino la complementariedad. Y es fundamental la peculiaridad que ofrece esa presencia, el signo que aportan a la sociedad y a la misma Iglesia. Siguiendo con la imagen evangélica con que comenzábamos este capítulo, podríamos decir que las personas consagradas recuerdan a toda la Iglesia que no debe contentarse con “dar pan”, sino que ha de convertirse en pan, al igual que su Maestro, para ser repartido a la humanidad. Las personas consagradas “se dan” en la escuela a los niños y jóvenes, siendo así memorial de su Señor, que se entrega por todos (cf VC 76). Es esta “sobreabundancia de gratuidad y de amor” (VC 105) que caracteriza la vida consagrada, la que la hace más estimable, por encima de cualquier tipo de funcionalidad.

Su mayor eficacia y su mejor contribución al proyecto común con los demás educadores reside en esas raíces más profundas de su identidad de consagrados: en su experiencia de la acción del Espíritu y de sus dones, en la escucha asidua de la Palabra y el ejercicio del discernimiento, que forman parte esencial de su estilo de vida, y también en el rico patrimonio de tradiciones educativas acumuladas a través del tiempo por el propio Instituto; por todo ello, “las personas consagradas están en condiciones de llevar a cabo una acción educativa particularmente eficaz, contribuyendo específicamente a las iniciativas de los demás educadores y educadoras” (VC 96).

### **3.4 *La intuición de los fundadores de la escuela cristiana.***

La escuela de la modernidad, al menos en Occidente, nace de la mano de la Iglesia y es impulsada y sostenida por las fuerzas vivas eclesiales. En ella se ve un medio excelente de acercar la salvación de Dios a los niños y adolescentes, que se encuentran alejados de ella por su ignorancia y abandono. Para animar esta “escuela salvadora” y, sobre todo, para que pudiera llegar a los niños y jóvenes más desfavorecidos, surgen diversas comunidades que frecuentemente se transforman en congregaciones religiosas. En este movimiento se integra nuestro Instituto. Nuestro Fundador tiene una gran intuición: es posible unir en un único proceso la formación humana y cristiana. Salvación y realización humana se perciben como dos objetivos que se integran en la misma realidad de la persona. De esta manera testimoniamos la encarnación de Dios en nuestro mundo y ponemos de manifiesto que “la fe en Jesucristo ilumina todo el campo de la educación sin prejuicios sobre los valores humanos, sino más bien confirmándolos y elevándolos” (VC 97).

En cierto sentido se puede decir que el Fundador intuye y plasma en su escuela lo que luego precisaría la *Evangelii nuntiandi* al hablar de la unidad y, al mismo tiempo, la complejidad de la acción evangelizadora: “renovación de la humanidad, testimonio, anuncio explícito, adhesión del corazón, entrada en la comunidad, acogida de los signos, iniciativas de apostolado” (EN 24). Él está convencido de que con esta función educativa los Hermanos participan directamente en la misión de la Iglesia, y puesto que la realizan en nombre y de parte de sus Pastores, con toda justicia la califica como “auténtico ministerio eclesial”.

### **3.5 *“En medio de vosotros hay uno a quien no conocéis” (Jn 1,26).***

Los Hermanos no pretendemos “llevar” a Dios a la escuela o introducirlo en el proceso de maduración de los jóvenes. El afirmarlo supondría una tergiversación de aquello que motiva nuestra presencia en la escuela. Al mismo tiempo hemos de subrayar que dicha presencia no es algo accesorio o circunstancial en su consagración. La motivación hay que buscarla en la propia esencia de la vida consagrada, consistente en hacer de la búsqueda de Dios su proyecto fundamental, y organizar en torno a él la manera de vivir.

Si nos hacemos presentes en la escuela no es, primariamente, porque seamos portadores de Dios, sino porque buscamos a Dios y nos sentimos llamados por Él para encontrarlo allí. Dios nos ha precedido, no lo “llevamos” nosotros.

En esto consiste nuestro carisma: en la capacidad que hemos recibido para descubrir a Dios en esta realidad humana de la educación, encontrarnos con Él y servirlo. Y, porque lo hemos encontrado, podemos señalarlo -como el profeta Juan: *“En medio de vosotros hay uno a quien no conocéis”* (Jn 1,26)-, para que otros también puedan encontrarse con Él. Los Hermanos buscamos y encontramos a Dios en la cultura, donde el Verbo de Dios ha sembrado sus semillas (AG 11); sobre todo, lo buscamos y encontramos en las personas, en los pequeños, en aquellos que el mismo Cristo señaló como “sacramentos” suyos. Lo buscamos y encontramos en la creación que continúa en el proceso de crecimiento y maduración de niños y adolescentes.

Esta experiencia de búsqueda y encuentro es la fuente y el alimento de nuestra vida consagrada. Deberemos concedernos el tiempo para interiorizarla y asumirla en el día a día; sin ella nos convertimos en instrumentos inútiles para la Obra de Dios.

Así pues, los Hermanos llegamos a la escuela para asistir al encuentro con el Dios que nos ha llamado, y desde esa experiencia, actualizada cada día, comenzamos nuestra misión: “desvelar” a Dios ante los jóvenes y ante los demás educadores que comparten la tarea educativa, ser signos de la presencia creadora de Dios en el proceso de la educación, ser centinelas que anuncian: *“El Reino de Dios está entre vosotros, está dentro de vosotros”* (Lc 17,21), y propiciar así el encuentro con Dios de aquellos a quienes somos enviados.

### **3.6 La pregunta por Dios, una pregunta difícil.**

La acción de los Hermanos en la escuela, como la de los demás educadores, pasa a través del proyecto educativo y de la relación personal. Y esa acción se orienta, como también la de los demás educadores, a conseguir la plena realización del educando. Pero, ¿qué le pueden aportar a éste, de manera más específica, los Hermanos? ¿Qué tiene derecho a esperar de ellos el educando? La respuesta parece evidente, pues forzosamente tendrá que ver con la identidad de las personas consagradas: la experiencia de una vida vivida como itinerario hacia Dios; la experiencia de búsqueda para descubrir los signos por los que Dios se hace presente; la experiencia de contemplación para calar en lo profundo de las cosas, de las personas, de los acontecimientos. Y, por consiguiente, el hábito de hacerse las preguntas más comprometidas, para encontrar las raíces más profundas de la vida.

La aportación de los Hermanos en la escuela tendrá mucho que ver con la pedagogía del umbral, característica de la escuela católica. Ellos serán la voz inquietante que estimule las conciencias: *“Preparad el camino al Señor”* (Jn 1,23).

La estimulación podrá hacerse -y deberá hacerse siempre que se pueda- por la pregunta referida directamente a Dios, a Cristo, al Evangelio. A Dios le encuentra quien le busca, y para llegar al umbral de la fe es preciso haberse preguntado antes por Dios. Hay estructuras escolares que favorecen esta pregunta, como la clase de formación religiosa o los grupos de catequesis.

Pero la mayor parte de las veces la estimulación sólo podrá hacerse a través de aquellas preguntas que buscan los “porqués” de la vida, más que los “cómos”; ese tipo de preguntas debe jalonar el camino de la pedagogía del umbral; sin ellas, la pregunta sobre Dios quedará sin razón de ser, sin contenido real. Nos referimos a preguntas concretas, pero sobre todo a un estilo de educación, el que corresponde a una actitud como la del consagrado, que no puede dar clase sin preguntarse: “¿Qué hay que aprender para que el mundo cambie?”, ni propone a sus alumnos cualquier tipo de compromiso con los marginados sin interrogarles al mismo tiempo: “¿Por qué existe esta injusticia, o por qué esta diferencia?”.

Ese estilo de educación se traduce en una metodología que acostumbre a la reflexión, al recogimiento y la meditación, y una estrategia que cultive en la persona desde sus primeros

años el acceso a su interioridad, el respeto al misterio de los seres, el instinto de lo sagrado, la adhesión a los valores, el reconocimiento de los límites y del pecado en el hombre, el presentimiento de la trascendencia del mundo invisible.

### **3.7 Fomentar una cultura de la vocación.**

El planteamiento que estábamos haciendo nos remite a la “cultura de la vocación”, como una parte importante de la pedagogía del umbral con la que la escuela católica trata de poner a la persona en camino. Muy ligada a la dimensión religiosa de la persona, también está amenazada de convertirse en “eslabón perdido” en el proceso educativo, lo cual dificulta las opciones vocacionales en las que se encarna la fe cristiana.

Es una cultura que hace referencia a valores tales como “la gratitud, la acogida del misterio, el sentido de lo imperfecto del hombre y, a la vez, de su apertura a la trascendencia, la disponibilidad a dejarse llamar por otro (o por Otro) y preguntar por la vida, la confianza en sí mismo y en el prójimo, la libertad de conmovirse ante el don recibido, el afecto, la comprensión, el perdón, admitiendo que aquello que se ha recibido es inmerecido y sobrepasa la propia capacidad, y fuente de responsabilidad hacia la vida”<sup>3</sup>.

Los Hermanos están especialmente indicados para promover en la escuela esta cultura de la vocación. Ellos, como personas consagradas, son signo para el conjunto del pueblo cristiano, no sólo de una determinada vocación, sino del dinamismo vocacional como forma de vida: representan la opción por vivir atentos a la llamada de Dios, que se manifiesta de continuo en la historia diaria, en las personas, en el mundo.

### **3.8 “Yo por ellos me consagro” (Jn 17,19).**

Los Hermanos viven el ministerio de la educación cristiana en y desde su consagración religiosa. En sus personas, consagración y ministerio están relacionadas como las dos caras de una moneda. Son dos perspectivas de la misma identidad.

Su presencia en la escuela no se debe a la propia iniciativa sino al envío de que han sido objetos: son enviados por Cristo, de cuya presencia salvadora son signos entre los jóvenes; y son enviados por la Iglesia, que reconoce así la autenticidad de su carisma y los asocia a su misión evangelizadora. El envío no se refiere al desarrollo de una actividad concreta, aunque ésta sea apostólica, sino a la vivencia de su identidad -personal y comunitaria- en esta misión.

La experiencia de unidad de vida y armonía interna que puede llegar a tener el Hermano está admirablemente expresada por las propias palabras de Jesús en su “oración sacerdotal”: “Yo por ellos me consagro” (Jn 17,19; cf SJBS, MD 39,1). Como Jesús por sus discípulos, de la misma manera el Hermano vive su consagración motivada por los destinatarios de su misión: sus alumnos especialmente, pero también los otros educadores y los padres de alumnos, con la esperanza de que en ellos pueda realizarse cada vez más el Reino de Dios. Su vida consagrada está al servicio de la consagración de la vida de cada uno de ellos (cf VC 33). Y esta motivación será estímulo para su oración y su santificación personal (cf MD 39), a fin de hacerse mejor instrumento para la obra que Dios realiza por su mediación, y signo más elocuente de Cristo y de la Iglesia (cf VC 25).

Para decirlo con una frase que expresa al mismo tiempo la unidad y la tensión de la vida, el Hermano vive la consagración en el ministerio y el ministerio en la consagración. Por ello, su

---

<sup>3</sup> Documento final del Congreso europeo sobre las vocaciones: *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, 13.b.

entrega al apostolado es fuente de crecimiento espiritual para él; escuchando con atención los requerimientos de los jóvenes se dispone a oír mejor la Palabra de Dios; olvidándose de sí mismo permite que Jesucristo crezca en él; gastando sus fuerzas sin miramientos y con desinterés va creando en sí corazón de pobre... (cf Declaración 25.2).

## **4. Una presencia renovada en una misión compartida**

*“Seréis mis testigos,... hasta los confines del mundo”* (Act 1,8)

### **4.1 SER TESTIGOS HOY: UN NUEVO TIPO DE PRESENCIA.**

#### *4.1.1 ¿Cómo ser testigos de Jesús, hoy?*

De la vida consagrada se afirma que lo peculiar suyo no es sólo el seguimiento de Cristo, lo cual se pide a todo discípulo, sino el intentar expresar ese seguimiento asumiendo *los rasgos característicos de Jesús -virgen, pobre y obediente-* (VC 1), “conformándose” con Cristo y reproduciendo en cuanto es posible “aquella forma de vida que escogió el Hijo de Dios al venir al mundo” (LG 44; VC 16). Es *memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús* como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos (VC 22).

En cada tiempo y lugar las personas consagradas se esfuerzan por hacer visibles ante sus contemporáneos aquellos rasgos de Jesús con los que Él mismo quería significar que el misterio del Reino de Dios había irrumpido en la historia. La visibilidad es el resultado de un modo de presencia que traduce en el *aquí y ahora* el carisma de cada familia consagrada. Así pues, la pregunta que las personas consagradas deben hacerse frecuentemente, “¿cómo ser testigos del Señor, hoy?”, se resuelve, en último término, en esta otra: ¿qué tipo de presencia hemos de encarnar para que el Señor Jesús pueda ser visto, “intuido”, por las gentes de hoy?

#### *4.1.2 El Jesús de la barca y los caminos.*

En el inicio del tercer milenio, en esta época de grandes cambios que nos ha tocado vivir, nos parece que los consagrados -y más concretamente los que desarrollan su misión en la escuela- deben intentar encarnar en su modo de presencia aquel rasgo de Jesús que el evangelista Marcos quiso simbolizar a través de su evangelio: subido a la barca, yendo de una orilla a otra, o recorriendo los caminos de un pueblo a otro, de un mundo a otro, del viejo Israel a la nueva Iglesia; Jesús libre para ir en búsqueda de los oprimidos, para recuperar a los marginados por la sinagoga, para tocar sin miedo a los declarados impuros por la ley, para atraer hacia sí y abrazar a los niños que otros intentaban alejar...

¿Se trata, tal vez, de una propuesta demasiado utópica? Lo cierto es que las instituciones educativas escolares suelen exigir tal cantidad de medios y una organización tan compleja que tienen el riesgo de dejar de ser mediaciones y convertirse en finalidades. En la medida en que esto sucede, educadores y educandos pasan a ser clientes que se ordenan a asegurar la continuidad de la institución. En este tipo de escuela, la persona consagrada pierde toda razón de ser, y no le queda más alternativa que la denuncia profética y la marcha. Frente a este riesgo tan real se nos antoja que la figura del Jesús de la barca y los caminos es la clave para diseñar la nueva presencia del Hermano en la escuela.

¿No está esa imagen en el trasfondo de aquellas palabras con las que Pablo VI se refería a los religiosos?: “Gracias a su consagración religiosa ellos son, por excelencia, voluntarios y libres para abandonar todo y lanzarse a anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Ellos son emprendedores y su apostolado está frecuentemente marcado por una originalidad y una imaginación que suscitan admiración” (EN 69). Originalidad e imaginación es lo que encontramos en los comienzos de nuestra Institución. Nuestro Fundador no inventa la escuela, pero la renueva para hacerla accesible a los pobres y para ofrecerla a todos como signo del Reino y medio de salvación (cf Regla 3). Originalidad e imaginación son necesarios hoy, más que nunca, en los Hermanos, para llegar a diseñar su nueva presencia en la escuela e, incluso, para recrear la escuela en colaboración con los restantes educadores.

¿A qué criterios debe responder el diseño de nuestra nueva presencia en la escuela? Intentaremos ofrecer algunas pistas en este capítulo. Pero empezamos afirmando que la motivación primera para replantear esta presencia no puede ser la de asegurar la supervivencia de nuestro Instituto, sino la de servir mejor a la misión eclesial. El Espíritu “llama a la vida consagrada para que elabore nuevas respuestas a los nuevos problemas del mundo de hoy” (VC 73). En ese esfuerzo por encontrar respuestas válidas se nos pide, “no tanto el éxito, cuanto el compromiso de la fidelidad” (VC 63).

## **4.2 DESDE LA FIDELIDAD AL CARISMA FUNDACIONAL: RAÍZ Y PROFECÍA.**

### *4.2.1 Un impulso dinámico cargado de potencialidades.*

El primer criterio al que debemos acudir los Hermanos para renovar nuestra presencia en la escuela se refiere directamente a esa tensión de ser fieles a nuestras raíces y al presente en el que vivimos. Esa es la fidelidad al carisma.

El carisma no se confunde con una determinada realización histórica. En último término, no hay más que un “Carisma” dado a los hombres, que es el Espíritu Santo. Su presencia en nosotros se manifiesta como una gran fuerza, un dinamismo que va haciendo realidad en nuestro mundo el Reino de Dios. Cuando hablamos de los “carismas” en sentido cristiano nos referimos a las diversas formas que adquiere ese dinamismo del Espíritu en las personas. “A cada cual, la manifestación del Espíritu se le da para el bien común” (1Cor 12,7).

Los carismas fundacionales nacen con la persona concreta de los fundadores, pero no se reducen al proyecto histórico que ellos han puesto en marcha. Estos carismas, participados por sus seguidores, “se continúan en el tiempo como viva y preciosa herencia, que genera una particular afinidad espiritual entre las personas” (ChL 24).

Un carisma fundacional es un impulso dinámico cargado de potencialidades que sólo con el tiempo podrán desplegarse adecuadamente. Por ello es simultáneamente raíz y profecía, y la fidelidad al carisma fundacional ha de ser forzosamente “fidelidad dinámica” (VC 37), fidelidad creativa para dejarse impulsar por aquel dinamismo inicial y aplicarlo en esta sociedad y en la Iglesia de hoy, a fin de recrear el proyecto que el carisma puso en marcha.

### *4.2.2 “Hoy se cumple esta profecía”.*

La participación en un carisma lleva consigo la vivencia de la identidad correspondiente, pues el carisma implica un modo de ser -personal y comunitario- en relación a una misión específica, y origina una espiritualidad. Será necesario conocer a fondo el carisma del que se participa, como condición para tener una visión clara de la propia identidad y poder vivirla con una adaptación creativa a las nuevas situaciones. No es tan solo un conocimiento teórico; es, sobre todo, tomar conciencia del don recibido y aceptar responsablemente el desafío que supone. La referencia más directa es Jesús mismo, en aquella escena de la sinagoga de Nazaret, al comienzo de su vida pública, según lo presenta el evangelio de Lucas: Jesús lee ante sus vecinos la Palabra en la que él mismo se reconoce y que proclama el envío de que ha sido objeto por el Espíritu: “*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para llevar la buena noticia a los pobres; me ha enviado...*”. A continuación se compromete públicamente, aceptando en su persona el desafío que trae consigo la acción del Espíritu: “*Hoy se cumple ante vosotros esta profecía*” (cf. Lc 4,18-21).

De la misma forma los Hermanos asumimos ante la Iglesia el compromiso de vivir en el presente el carisma que hemos heredado, y reproducir con valor y audacia la creatividad y la santidad del Fundador como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy (cf VC 37).



Este compromiso se manifiesta en la práctica al desarrollar el dinamismo inicial de una manera coherente y contextualizada, tanto para la fundación de nuevas obras como para evaluar y renovar las ya existentes, pero especialmente para adecuar la presencia de los Hermanos en dichas obras. Dejándonos poseer por el carisma, los Hermanos revivimos el itinerario del Fundador en nuestro tiempo.

#### 4.2.3 *Recuperar el dinamismo inicial.*

Hemos de preguntarnos quiénes son hoy los actores del proyecto evangelizador que nos ocupa, en el contexto de la nueva evangelización, sabiendo que ésta se desarrolla en “la comunión con todos aquellos que en la Iglesia están comprometidos en la misma empresa, especialmente con los Pastores, y la cooperación con todos los hombres de buena voluntad” (VC 81).

Nos dejaremos interpelar por las necesidades de los niños y jóvenes, afinando la atención para descubrir a los más desfavorecidos y estimulando su sensibilidad para reconocer las nuevas y viejas pobreza que esperan nuestra dedicación.

Revisaremos las finalidades reales que estamos persiguiendo en nuestros proyectos; en ellas es donde se fragua la originalidad de la respuesta carismática y donde se distingue el profetismo peculiar del carisma; pero no será suficiente con distinguir la finalidad o finalidades últimas -la educación humana y cristiana, el desarrollo integral del educando...- sino que será necesario explicitar para hoy las finalidades parciales o intermedias, pues es en ellas donde el proyecto se encarna en la historia real y donde el dinamismo corre el riesgo de desaparecer por parálisis, al quedar absorbidas por lo masivo, lo rutinario, lo cómodo, la premura de los programas académicos o las conveniencias sociales...

Finalmente, analizaremos las estructuras o medios de los que nos servimos para lograr las finalidades; en ellos es donde entran en juego las prioridades, las opciones a nivel personal y comunitario; habremos de discernir si los medios empleados son coherentes con las finalidades declaradas, si se cuida la competencia del educador y la eficacia de los métodos pedagógicos, y si ambas, competencia y eficacia, no olvidan sino que refuerzan y dan prioridad a la significación y el testimonio.

### **4.3 UNA MISIÓN COMPARTIDA EN UNA IGLESIA-COMUNIÓN.**

Uno de los factores que más han alterado la presencia de los Hermanos en la escuela durante las últimas décadas ha sido la coincidencia en ella con otros educadores: seculares creyentes y no creyentes. Durante cierto tiempo fue una convivencia simplemente tolerada, como una realidad que se iba imponiendo por sí misma, pero que los Hermanos percibían como una dificultad añadida para su labor, la cual se hacía frecuentemente a pesar o al margen de los otros educadores.

Con el impulso del concilio Vaticano II la Iglesia ha adquirido un nuevo nivel de conciencia respecto de la misión: “la misión atañe a todos los cristianos” (RM 2) y ha de realizarse en la comunión de unos con otros, ya sean laicos o consagrados, pero también en la cooperación con todos los hombres de buena voluntad (cf GS 43; VC 81). En adelante, *comunión y cooperación* constituyen un criterio esencial para el desarrollo de la misión, válido para todo cristiano. Por esa razón, la misión de los Hermanos en la escuela es una misión compartida, y su presencia en ella deberá ser definida positivamente en este marco de comunión y cooperación.



#### 4.3.1 *Necesidad de redefinir la identidad del consagrado en el interior de la comunidad cristiana.*

Para integrarse adecuadamente en la misión compartida los Hermanos han de empezar por clarificar su propia identidad en el interior de la Iglesia-Comunión. Sólo situándose en la comunidad eclesial y en relación a ella podrán llegar a la definitiva comprensión del sentido de su consagración. Sólo insertándose en la corriente viva de la comunidad eclesial, al lado de otros seguidores de Jesús y en fecunda colaboración con ellos en la búsqueda del Reino, lograrán los consagrados descubrir su más honda identidad.

Esta perspectiva revela a las personas consagradas que el primer ministerio que desarrollan en la Iglesia, el primero que ésta les encomienda, es el de ser signo de lo que debe caracterizar a todo cristiano. Sólo a partir de éste adquieren sentido y razón de ser todos los demás ministerios que las diversas formas de vida consagrada realizan.

Esta función de signo, reconocida por el Vaticano II (cf LG 44) y subrayada repetidamente en la Exhortación Apostólica *Vita consecrata*, es esencial a la vida consagrada y determina su orientación: no existe “para sí”, sino en función de la comunidad eclesial.

La primera aportación de los Hermanos a la misión educativa compartida es su propia consagración religiosa (cf Regla 24), mediante la cual presentan su vida como “un camino de radicalidad”, es decir, como un proceso de apertura a Dios y a los hombres a la luz del Evangelio, pues es misión peculiar de la vida consagrada “mantener viva en los bautizados la conciencia de los valores fundamentales del evangelio” (VC 33). Es una llamada de atención para todos los miembros de la comunidad eclesial, para que cada uno plantee igualmente su vida como un camino de radicalidad, desde diferentes situaciones y estados de vida, abiertos a los dones y las invitaciones del Espíritu. Por ello, “la vida consagrada, con su misma presencia en la Iglesia, se pone al servicio de la consagración de la vida de cada fiel, laico o clérigo” (VC 33).

El consagrado se presenta como “profeta” (cf VC 84) en un pueblo que es, todo él, *profeta, sacerdote y rey*. No se presenta para ser imitado, sino para hacer pensar en algo que está más allá del signo. Los dones que ha recibido -el carisma de la vida religiosa: vivir el celibato en comunidad por amor al Reino- señalan una ruptura con la normalidad del mundo presente. Por eso se muestra como un signo de Aquel que es capaz de transformar el mundo presente introduciendo los nuevos valores del Reino.

#### 4.3.2 *Transmisores de un carisma para la misión.*

Los Hermanos desempeñamos nuestra misión en la escuela impulsados por el Espíritu, es decir, animados por el carisma que hemos recibido y que nos permite descubrir la educación de los niños y jóvenes como lugar privilegiado de presencia y crecimiento del Reino. Pero ese carisma que nos ha conducido a la misión no nos pertenece, ni tampoco al Instituto, sino a la Iglesia. Otros creyentes pueden participar en él desde su propia identidad, para servir a la misma misión; el carisma les hará descubrir el sentido y la riqueza evangélica de la tarea educativa que realizan, y podrán mejorar así su propia disposición.

Pongámonos en la perspectiva de la obra escolar: podrá ser un proyecto de evangelización sólo en la medida en que los educadores estén animados por el Espíritu Santo, sin el cual no hay evangelización posible (cf EN 75). Esa es, justamente, la consecuencia más importante que se espera de la participación en un carisma educativo -en cualquiera de sus modalidades-, como lo es el lasaliano. Se comprende, pues, la necesidad -y también la urgencia- de que el carisma que anima a los Hermanos llegue, en la medida de lo posible, a los restantes educadores que componen la comunidad educativa de una escuela lasaliana.

Esta es la responsabilidad histórica de los Hermanos en la actual situación de misión compartida: transmitir el carisma educativo que nos anima y facilitar la formación correspondiente a quienes comparten nuestra misión. Para cumplir adecuadamente con esta responsabilidad es necesario que evitemos el riesgo de dedicarnos excesivamente a la administración de las obras o el de dejarnos arrastrar por el activismo; al contrario, hemos de mantener la capacidad de descubrir a diario el carisma fundacional; sólo así podremos ser inspiradores y transmisores del mismo.

Y de la misma forma que el Espíritu Santo no actúa con la misma intensidad en todos, y que tampoco elige como únicos intermediarios a los creyentes, también el carisma educativo se podrá transmitir en diferentes grados según la receptividad de los educadores, y con múltiples medios, organizados y espontáneos.

#### **4.4 EN LA TENSION HACIA “LOS CONFINES”.**

##### *4.4.1 ¿Dónde están hoy “los confines”?*

El mandato del Señor que encabeza este capítulo incluye una tensión que los Hermanos hemos de asumir significativamente al diseñar nuestra presencia en la misión: “...*hasta los confines del mundo*”. Es preciso preguntarse cuáles son hoy esos “confines”, que ya no coinciden tanto con la lejanía geográfica sino con las situaciones marginales, “fronterizas”, de nuestra sociedad. En el evangelio de Marcos, Jesús orienta su misión hacia los confines que están a ambas orillas del lago de Galilea, allí donde están los desahuciados y oprimidos de su sociedad. Los confines están hoy en las regiones más pobres del tercer mundo, pero también lo están en el llamado “cuarto mundo” de los países desarrollados.

Sería también un error pensar que los confines se refieren solamente a las grandes masas marginadas o empobrecidas. Al contrario, son realidades que afectan a las personas tomadas individualmente en medio de un conjunto normal. Lo mismo que el buen pastor, el Hermano está atento a descubrir los individuos en situaciones de pobreza. Por “situaciones de pobreza” entendemos aquellas limitaciones y carencias humanas que impiden o dificultan gravemente la realización o maduración de la persona o la marginan del conjunto social; puede tratarse de pobreza económica, intelectual, moral, afectiva, física, psíquica,... Sin descuidar ningún tipo de pobreza el educador debe prestar especial atención a aquellas pobrezas o limitaciones que son, a su vez, causa inmediata de otras pobrezas, como eslabones de una cadena que van aprisionando cada vez más a la persona. Y entre estas pobrezas causantes de otras ocupa un puesto indiscutible la pobreza material; es entre los pobres económicamente donde se encuentran las peores carencias, la falta de familia y de salud, la inadaptación social, la pérdida de dignidad humana, la imposibilidad de acceso a la cultura...

##### *4.4.2 La opción preferencial por los pobres.*

La tensión “hacia los confines” se traduce en una *opción preferencial* por los pobres, según lo que hemos precisado anteriormente, por quienes se encuentran en una situación de mayor debilidad y, por tanto, de más grave necesidad (cf VC 82). A dicha opción están obligados todos los discípulos de Cristo, pues pertenece a la esencia del Evangelio. En efecto, ése es el signo que da Jesús cuando le preguntan si es Él el esperado (cf MT 11,2-6). El signo no es que el Evangelio se anuncia a todos, sino que “*se anuncia a los pobres*” y es a partir de ellos como se avanza hacia la inclusión de todos. Los Hermanos, que han hecho profesión pública de “conformarse” con la manera de proceder de Jesús, deben exigirse una mayor coherencia para que su presencia en la misión revele este signo, directa o indirectamente.

La opción preferencial por los pobres no admite la exclusión de nadie, ciertamente; pero el sentido en que se realiza la inclusión de todos es quien señala las prioridades. En el campo

que nos ocupa de la escuela, los sucedáneos más comunes de esa opción preferencial consisten en planificar la obra o el proyecto educativo en función del grupo humano más o menos acomodado, y dedicar luego, en un segundo momento, una atención especial a los más necesitados. Tal vez en muchos casos las circunstancias sociales, económicas o políticas no dejan mejor alternativa; pero esto no impide que se tenga claro el criterio correcto y se procure obrar en conformidad en la medida en que se pueda, y ello en los diversos niveles: institucional, comunitario, personal.

Cuando la opción preferencial es auténtica se comienza centrando la atención, los mejores esfuerzos, las personas más capaces,... en quienes se encuentran en los márgenes o cerca de ellos; y a partir de éstos se abre el campo de acción hacia quienes tienen menos dificultades o carencias. Esa es la dirección y el sentido de la inclusión: la Iglesia ofrece su servicio educativo *en primer lugar* a “aquellos que están desprovistos de los bienes de fortuna, a los que se ven privados de la ayuda y del afecto de la familia o que están lejos del don de la fe” (GE 9; cf EC 58). Esa fue la opción preferencial que caracterizó el comienzo de la mayoría -o quizá la totalidad- de las instituciones religiosas dedicadas a la enseñanza. En el caso de la Institución lasaliana no hay ninguna duda.

No existe, pues, carisma auténtico entre los consagrados dedicados a la escuela que no manifieste esta opción preferencial por los pobres de una manera suficientemente clara; y no es posible eximirse de tal opción so pretexto de tener “otro carisma”. El período de formación inicial ha de atender cuidadosamente el cultivo de este rasgo identificador, con el fin de que no quede como algo reservado a “los más generosos” o “los más aventureros”, sino que se reconozca como una dimensión esencial en el Hermano.

La opción preferencial necesita apoyarse sobre la actitud -personal y comunitaria- de éxodo, pues de lo contrario no podrá verificarse. Es la disposición de “*cruzar a la otra orilla*”, allí donde está la persona que hay que salvar; y es, por consiguiente, la disposición de dejar obras y estructuras, quizá de venerable tradición, pero que se han quedado anquilosadas o simplemente nos alejan de los destinatarios preferidos, o bien ahogan los signos de la vida consagrada...

#### 4.4.3 *El compromiso en la educación para la justicia.*

De la mano con la opción preferencial por los pobres va el compromiso decidido en la promoción de la justicia, y más explícitamente en la educación para la justicia. Ha de ser una característica definitoria del proyecto educativo de todas las escuelas católicas, sin exclusión. Pero los Hermanos han de tener a gala el promover ese compromiso en todos los proyectos educativos en los que tengan alguna influencia, de cualquier escuela en la que estén; eso implica, como mínimo, el que eviten avalar con su presencia situaciones claramente injustas u ofensivas para los pobres (cf VC 82; 90).

Es un reto asumido por toda la Iglesia, y del que deben hacerse cargo todos los cristianos, el “hacerse voz de todos los pobres del mundo”; Juan Pablo II lo ha subrayado como “un aspecto sobresaliente de la preparación y de la celebración del Jubileo” del 2000 (cf TMA 51). Las personas consagradas, dado su compromiso en cuanto a “la adopción de un estilo de vida humilde y austero, tanto personal como comunitariamente”, están en condiciones de “denunciar ... las injusticias cometidas contra tantos hijos e hijas de Dios, y de comprometerse en la promoción de la justicia en el ambiente social en el que actúan” (VC 82).

#### 4.4.4 *Un reto acuciante: defender los derechos de los niños.*

Sin duda, uno de los aspectos de la cultura contemporánea que provoca angustia, frustración e irritación es el desamparo y la explotación de los niños en las formas más degradantes y escandalosas. Para los Hermanos es imperiosa la urgencia de reivindicar hoy los

derechos de los niños, de denunciar las diversas formas de explotación a las que se ven sometidos y de apoyar cuantas iniciativas se emprendan con este fin. Posiblemente las respuestas concretas que podamos dar hayan de limitarse a “intervenciones obligadamente exiguas” (VC 63); aun así hemos de empeñarnos en fomentarlas con la mayor creatividad posible, en el contexto de la misión compartida, en comunión con otros creyentes y en cooperación con otras personas de buena voluntad.

#### **4.5 TESTIGOS POR LA SIGNIFICACIÓN, MÁS QUE POR LA EFICACIA.**

##### *4.5.1 Un proyecto de esperanza. Como levadura en la masa.*

Al compartir la misión los consagrados se sitúan junto a los otros cristianos y en función de ellos, como pequeña parábola del Reino que alienta la esperanza e invita a mantenerse alerta. Su presencia ya no es, la mayoría de las veces, como el árbol frondoso nacido de la minúscula semilla de mostaza, sino como grano de levadura, oculto en la masa, a la que hace fermentar desde dentro; pero ¿quién puede decir cuál de las dos imágenes es mejor parábola del Reino? Los Hermanos nos situamos hoy en la masa, junto a otras identidades cristianas y otros creyentes, para formar -juntos- el pan que ha de ser repartido en la misión, para alimentar a los niños y jóvenes que el Señor nos envía. Y lo hacemos, no con resignación, sino con la alegría de que el nuevo “pan de la misión” sea más sabroso y más variado que el anterior, ya que representa mejor la riqueza de la comunidad eclesial.

##### *4.5.2 Función significativa, más que asistencial.*

La gran contribución que los Hermanos, con las otras Congregaciones de enseñanza, han hecho al desarrollo de los pueblos allí donde han estado presentes ha facilitado el que pesara más -incluso entre los cristianos- una concepción instrumentalista y asistencial de este tipo de vida consagrada y quedara en segundo término su función simbólica y significativa. Pero cuando aquella función asistencial es menos requerida por estar ya relativamente satisfechas las necesidades educativas, como sucede en las sociedades más desarrolladas, sobreviene la sensación de inutilidad, quizá porque el centro de gravedad -y con él la razón de ser- no estaba situado donde le correspondía.

Es necesario que la presencia del Hermano en la escuela y en el mundo educativo en general recupere y acentúe su auténtico centro de gravedad, su razón de ser, que no está en la promoción educativa o las tareas escolares, sino en el signo que a través de aquéllas han de ofrecer, el signo del Reino de Dios que irrumpe en nuestro mundo. Lo suyo es “recordar y servir el designio de Dios sobre los hombres, ... el proyecto de una humanidad salvada y reconciliada” (VC 73).

Lo propio de la vida consagrada no es suplir a los demás creyentes en sus aportaciones a la mejora de la humanidad, ni mucho menos está para solucionar a la sociedad los problemas educativos o las deficiencias de atención a las personas en sus necesidades más básicas. Tampoco lo hizo Jesús: él curó a algunos enfermos, devolvió la vista a algunos ciegos, liberó a algunos oprimidos por espíritus malignos,... y animó a sus discípulos a hacer lo mismo; pero sólo a modo de signos. No estableció organizaciones dedicadas a la curación o liberación de las personas. Pero con los signos combate el fatalismo, que daba por normal y querido por Dios lo que no era sino desgracia para el hombre; y, sobre todo, certifica la garantía del amor de Dios, que quiere siempre lo mejor para el hombre y sale a su encuentro invitándole a acoger su Reino.

Lo propio de la vida consagrada es ir por delante, colocando señales del Reino que ya está llegando, como utopía que aún no se da plenamente pero ya es visible. Lo suyo es la novedad: cuando la novedad ha sido asumida por la sociedad o, en su caso, por el conjunto de

la Iglesia como una función ordinaria, quienes la han dado a conocer deben alegrarse y prepararse a ofrecer nuevas alternativas, “nuevas respuestas a los nuevos problemas del mundo de hoy”, “nuevos proyectos de evangelización para las situaciones actuales” (VC 73).

Los Hermanos debemos dirigir, pues, nuestro mayor esfuerzo, no tanto a mantener una presencia rutinaria en las obras tradicionales, cuanto a buscar soluciones a los nuevos problemas educativos, a plantear alternativas para muchos niños y adolescentes desescolarizados, a seguir renovando la escuela como hizo San Juan Bta. de La Salle.

Como profesionales de la enseñanza, los Hermanos debemos ser eficaces en nuestra labor. Pero la eficacia técnica por sí sola no es suficiente; en muchos casos incluso se convierte en anestésico que hace olvidar la razón de ser del consagrado. La eficacia técnica, la mera profesionalidad, no justifica en ningún caso la presencia de un Hermano en la escuela. Es preciso poner en entredicho toda eficacia que no sea significativa ni interpeladora.

#### 4.5.3 *Ser voz de la conciencia para la cultura.*

Es evidente que, por lo que se refiere a la misión de los Hermanos en la escuela, el principal signo que se espera de nosotros ha de estar normalmente relacionado con la finalidad de la escuela, es decir, la transmisión de la cultura; o más exactamente, la iniciación de niños y jóvenes en la vida social y la herencia cultural.

Nuestra labor no podrá reducirse a repetir contenidos o saberes. Al contrario, lo propio nuestro es llegar al núcleo de la cultura, donde se anudan los saberes, las destrezas y los valores para dar sentido a la vida; allí escuchamos con atención los interrogantes de más hondo calado, las cuestiones más acuciantes de la época, y constituidos así en conciencia de la cultura los hacemos resonar en la comunidad educativa de la escuela ante alumnos y educadores.

No nos contentamos con ello: como interlocutores privilegiados entre la fe y la cultura procuramos aportar luz desde el Evangelio para encontrar respuestas válidas a los porqués de la vida o, al menos, para dilatar los horizontes en los que se buscan las respuestas (cf VC 98).

Pero nuestra aportación no es sólo ni primariamente intelectual, sino existencial: ponemos en cuestión los modos de vida que la sociedad de consumo hace deseables y proponemos otros nuevos modos de estar en el mundo, libres de falsos dioses. Nuestra propia presencia estará caracterizada por la sencillez y la simplicidad de vida, de tal forma que remitan al Único que da fundamento y plenitud a la vida humana.

#### 4.5.4 *Memoria evangélica para los demás bautizados.*

La máxima aspiración de los Hermanos es poder anunciar explícitamente el Evangelio y presentar la persona de Jesucristo. Hacia este objetivo final se ordena nuestra presencia en la escuela. Y si muchas veces no podemos llegar a conseguirlo, esto no nos excusa de poner todos los medios para que el proceso educativo pueda conducir hacia él. En este empeño estamos al lado de los demás cristianos que comparten nuestra misión en la escuela. Para ellos primeramente, los Hermanos hemos de ser memoria evangélica (cf VC 33): nuestra propia consagración debe aparecer ante todo como un testimonio de fe de que Dios está presente en la obra de la educación y en ella desea ser servido; el planteamiento de nuestras prioridades, nuestro estilo de relación,... ha de dejar claro que el primer valor es Dios, el Evangelio y los pobres en los que Cristo vive (cf VC 84).



## 4.6 HACER DE LA ESCUELA UN PROYECTO DE COMUNIÓN.

### 4.6.1 *La comunidad como propuesta educativa.*

En otros lugares de esta reflexión hemos aludido a la importancia de la dimensión comunitaria de la escuela como una condición indispensable para lograr la formación integral del alumno, y la subrayamos en la escuela católica porque sin tal dimensión no sería posible transmitir el núcleo de la fe cristiana. También hemos insistido en que dicha dimensión no existe sin la concreción y el impulso de la comunidad educativa, así como el proyecto de evangelización tampoco existirá sin la base de una comunidad cristiana.

El nuevo diseño de la presencia de los Hermanos en la escuela ha de pasar necesariamente por el doble marco de la comunidad educativa y, en su caso, de la comunidad cristiana escolar. Situados en ese doble marco los Hermanos asumimos el reto -siempre junto a los otros educadores- de hacer de la escuela un proyecto de comunión, o lo que es lo mismo, plantear la comunidad como propuesta educativa fundamental. Pero esa propuesta sólo puede hacerse desde la experiencia y el signo de la comunidad.

### 4.6.2 *Testimoniar comunidad en medio de la educación.*

Las consecuencias son exigentes. Y la primera de ellas es que los Hermanos recuperemos o reafirmemos la calidad de nuestra propia vida fraterna, y la ofrezcamos como un signo. La vida fraterna “es un acto profético, en una sociedad en la que se esconde, a veces sin darse cuenta, un profundo anhelo de fraternidad sin fronteras” (VC 85). Testimoniar comunidad en medio de la educación es, pues, bajo cierta perspectiva, la misión de los Hermanos en la escuela.

Este convencimiento debe animarnos a dar auténtica prioridad a la construcción de la vida interna de la comunidad, sin dejar que ésta quede fácilmente relegada ante las continuas urgencias de las tareas apostólicas externas; recordemos que la fuerza significativa de la vida consagrada pasa necesariamente por la construcción de comunidades fraternas en las que, por encima de todo, se busque y se ame a Dios<sup>4</sup>. Pero hemos de comprobarlo también, y adaptar lo que sea conveniente para que el signo pueda percibirse con transparencia; en ello influirán la cordialidad mutua que nos manifestemos, la visibilidad del espacio comunitario, el modo de inserción en el contexto, la capacidad de acogida y las relaciones humanas con los demás miembros de la comunidad educativa, la organización o el horario que se adapta según las necesidades de las personas, la apariencia de los locales y el mobiliario... A través de estos elementos transmitimos una sensibilidad característica, un modo de vivir y leer la comunidad que es específico de “Hermanos”.

### 4.6.3 *Formar y animar la comunidad educativa.*

Como *expertos en comunión* los Hermanos nos proponemos ser *artífices de comunión* y “fomentar la espiritualidad de la comunión” (cf VC 46; 51) entre los educadores que comparten nuestra misión.

Lo mismo que el fermento en la masa, asumimos como función irrenunciable de nuestra presencia en la escuela la formación y animación de la comunidad educativa; y dentro de ella, siempre que sea posible, la comunidad cristiana que integra a los educadores cristianos, consagrados y laicos. Para ello impulsamos un proceso de comunión en el que, de forma gradual, se vayan creando lazos entre los educadores: comenzando por los lazos que fomentan la solidaridad entre las personas, la valoración mutua y la corresponsabilidad en el proyecto

---

<sup>4</sup> (Cf. Código de Derecho Canónico, c. 619)

común; continuando por los lazos de comunión en la fe, la comunicación de la experiencia de Dios y la sintonía con los valores y el mensaje del Evangelio; llegando, finalmente, a los lazos ministeriales desde la conciencia de sentirse mediadores de Dios y de la Iglesia para la misión, y portadores de un carisma que hay que garantizar comunitariamente.

#### 4.6.4 *Que el proyecto educativo gire en torno a la comunidad.*

La comunidad como propuesta educativa tiene que llegar a los alumnos de la escuela: esa es la finalidad del proceso de comunión establecido entre los educadores. Los Hermanos, en colaboración con los demás educadores y desde la conciencia de ser fermento profético, nos empeñamos en que el proyecto educativo gire en torno a la comunidad y la creación de comunidad, y proponemos así un modelo alternativo de persona frente a una sociedad masificada e individualista; que la escuela se estructure y plantee como lugar de encuentro, de convivencia, de escucha, de comunicación.

#### 4.6.5 *La comunidad cristiana, culmen de la evangelización.*

La culminación de esta propuesta educativa cuando está integrada en un proyecto de evangelización es la comunidad cristiana. Por eso la escuela católica ha de ofrecer un proceso de iniciación a la comunidad cristiana, y proporcionar su experiencia inmediata a través de grupos de catequesis, ya sea en su estructura propia, fuera del marco académico, ya en colaboración con la organización parroquial. Al Hermano le corresponde velar de forma especial y empeñarse en ello con su participación personal más directa, para que el proceso evangelizador de la escuela no se estanque sino que avance hasta alcanzar los niveles más altos.

### **4.7 PONER A LA PERSONA EN EL CENTRO DEL PROYECTO EDUCATIVO.**

#### 4.7.1 *Fundamentar la obra escolar sobre la atención a la persona del alumno y las relaciones interpersonales.*

El criterio anterior, referido a la dimensión comunitaria de la escuela, es inseparable de este otro, sin el que no habrá comunión sino masificación. Los Hermanos, en su afán de ser memoria del Señor Jesús, se esfuerzan por asumir este rasgo que los evangelistas, especialmente san Marcos, resaltan en Él: Jesús no suele hacer sus curaciones a distancia, sino poniéndose en relación personal con los enfermos, una relación expresada con el gesto de tocar, poner la mano, tomar de la mano...

Los Hermanos, por la manera de establecer sus prioridades en la dedicación del tiempo, serán signo para los demás educadores de que las personas son más importantes que los programas o los horarios, y que merece la pena “perder” el tiempo con ellos escuchando, acompañando,... especialmente a los más olvidados y marginados. Su consagración religiosa los convierte en portadores de esta *sobreabundancia de gratuidad y de amor* (VC 105) que experimentan ellos mismos en el trato personal y frecuente con el Señor. La castidad evangélica vivida en el celibato voluntario sustenta su tarea educativa impulsándolos a amar a cada persona con un amor gratuito y respetuoso, y a ser para los jóvenes un signo de la paternidad misma de Dios (cf Regla 27-28).

#### 4.7.2 *Trato individual, acompañamiento personal.*

Con actitud profética vigilan atentamente para que el proyecto educativo gravite sobre las necesidades reales de los jóvenes que acuden a la escuela, y no sobre la aplicación de unos programas previamente impuestos. Esta nota ha de resaltar en la escuela católica, la cual



“se configura como escuela para la persona y de las personas”<sup>5</sup>; se esfuerzan, pues, por tratar a cada uno en consonancia con su individualidad; se preocupan por conocer el medio familiar del joven, su temperamento, aptitudes y gustos particulares; se aplican igualmente a descubrir y desarrollar los talentos particulares del joven, en vez de fijar la atención en sus faltas o defectos. Desde una actitud de confianza animan a cada joven a hacerse responsable y protagonista de su propia educación y a colaborar en la educación de sus compañeros (cf Declaración, 40).

La atención personal no ha de ser simplemente en momentos aislados u ocasionales, sino que debe prolongarse en un acompañamiento personalizado, en el diálogo y la escucha atenta del joven. Esta será una de las prioridades en el Hermano, que no debe consentir que las tareas académicas o profesionales releguen a un puesto secundario la relación personalizada y la cercanía familiar con cada uno de sus alumnos. De esta forma será un signo ante sus compañeros seculares para que también ellos asuman con la misma responsabilidad la atención a cada uno de los jóvenes.

#### **4.8 DESDE UN PROCESO DE FORMACIÓN PERMANENTE Y UNA ACTITUD DE CAMBIO.**

##### *4.8.1 Una exigencia de la consagración.*

La pregunta que hacíamos al comienzo de este capítulo -¿cómo ser testigos de Jesús, hoy?, ¿qué tipo de presencia hemos de encarnar...?- no puede ser respondida sin una adecuada formación de todos los destinatarios de dicha pregunta. La renovación de la presencia de los Hermanos en la escuela no podrá hacerse con una serie de cambios exteriores y estructurales programados desde la autoridad si el individuo, cada uno de los Hermanos, no ha comprendido intelectualmente y asumido afectivamente la necesidad del cambio como una consecuencia de la fidelidad debida al carisma fundacional y a la propia consagración. De ahí que la formación permanente se presente como “una exigencia intrínseca de la consagración religiosa” (VC 69) y haya de ser programada en el Instituto, en un proyecto lo más preciso y sistemático posible.

##### *4.8.2 Los objetivos de la formación.*

La formación permanente se orienta a hacer revivir el itinerario fundacional en nuestro tiempo, a descubrir y aplicar al presente el dinamismo que movió al Fundador a poner en marcha un proyecto de evangelización, a releer el carisma fundacional a la luz de los desafíos y posibilidades actuales y descubrirlo como raíz y profecía, y dejarse inspirar por él para dar respuesta a los problemas actuales. La formación permanente ha de dar las claves para vivir la vida consagrada en el mundo y en la Iglesia de hoy, y ha de llegar a determinar los criterios a los cuales debe responder la presencia de los Hermanos en el campo de la misión, concretamente en la escuela. La formación permanente ha de conducir a rehacer la jerarquía de valores desde los cuales se está actuando; se plantea como un proceso de discernimiento comunitario para producir el cambio de toda la comunidad y no sólo de los individuos aislados.

##### *4.8.3 Los temas claves de nuestro tiempo.*

La actualización que todo educador debe mantener en su formación profesional, en las materias de su especialidad, es un deber de justicia. Pero los Hermanos deben considerar hoy tanto o más importante la formación continua en los temas cruciales de nuestro tiempo, aquéllos donde se juega hoy la visibilidad del Reino de Dios en nuestra tierra. La formación permanente deberá preocuparse, pues, por temas como los siguientes: las causas que favorecen la pobreza

---

<sup>5</sup> Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica en los umbrales del tercer milenio*, 9. Roma 1997.

crónica de los pueblos, la deuda del Tercer Mundo, el movimiento por los derechos de la mujer, la explotación de la infancia, los grandes problemas ecológicos, la inmigración ilegal, las aspiraciones y las frustraciones de los jóvenes, la situación de la familia, la increencia, los fundamentalismos, la globalización, etc.

#### 4.8.4 *Responsabilidad personal y formación compartida.*

No es suficiente con que la Institución tenga una buena planificación de formación permanente. Cada Hermano, en diálogo con la comunidad, ha de ser quien asuma en su proyecto personal el compromiso de la formación permanente como un valor prioritario en su jerarquía de valores. Por otra parte, la formación ha de ser compartida comunitariamente, no sólo con los otros Hermanos sino con otros creyentes que han entrado a participar del mismo carisma desde otros estados de vida. Más aún, será muy provechoso que cada vez más se plantee la formación permanente, o una buena parte de ella, en coordinación con otras familias carismáticas más o menos afines, sin descuidar por ello los rasgos peculiares de cada identidad.

### 4.9 LA EXPERIENCIA DE PERTENECER A DIOS, BASE DE LA VIDA Y DEL APOSTOLADO DE LAS PERSONAS CONSAGRADAS.

#### 4.9.1 *“Sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15,5).*

Cerramos el círculo allí donde lo empezamos, porque la presencia del Hermano en la escuela se construye sobre la convicción y, sobre todo, la experiencia de que *“el Espíritu del Señor está sobre mí...”* (Lc 4,18), y pierde toda consistencia al margen de este misterio. Por eso, entre el criterio de la *fidelidad dinámica* al carisma fundacional y el de la referencia personal a Dios y a su Palabra se establece algo así como un eje transversal que atraviesa los restantes criterios o facetas en que se ha de concretar la presencia de los Hermanos en la misión educativa.

La dimensión profética forma parte esencial de la identidad de los Hermanos, como de toda persona consagrada. Pero sólo la experiencia fundante de estar enraizado en Dios y poseído por su Palabra puede servir de garantía para desarrollar efectivamente esta dimensión en la escuela ante los demás educadores y los jóvenes. “La verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con Él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia” (VC 84).

La aptitud para leer en profundidad los signos de los tiempos, para captar tras ellos la llamada de Dios a trabajar según sus planes (cf VC 73), para descubrir la presencia de Dios en las personas y especialmente en los pobres, es fruto del cultivo de la contemplación, la cual enseña a ver las cosas y las personas como las ve Dios. Y sin lugar a duda, la oración personal es una forma esencial de esa contemplación.

Los estudios sociológicos sobre la Vida Religiosa nos confirman que la experiencia de Dios –entendida como la vivencia personal del encuentro con Dios, especialmente a través de la oración– no se puede suplir con ninguna otra cosa, ni siquiera con la entrega a los hermanos y hermanas, pues ella es quien da sentido a toda la vida consagrada, incluida su dimensión apostólica. A medida que desciende la experiencia de Dios en la persona se reduce también en ésta la capacidad de interiorización y de oración, se hace más vulnerable a las dificultades de la convivencia en la comunidad y tiende a reducir su labor a una simple tarea profesional.

#### 4.9.2 *La tentación del activismo.*

Los Hermanos se ven acosados frecuentemente por la tentación del activismo, tantas

son las necesidades que esperan respuesta en el campo educativo y pastoral con los jóvenes. “A veces la jornada de los religiosos y religiosas que 'no tienen tiempo', corre el riesgo de ser demasiado afanosa y ansiosa, y por lo mismo puede terminar por cansar y agotar” (*Vida fraterna en comunidad*, 13). El activismo vacía rápidamente a la persona de las motivaciones evangélicas y le impide contemplar la obra de Dios que se realiza en la educación de los jóvenes. Termina sustituyendo la búsqueda de Dios, principal objetivo de la vida consagrada, por la búsqueda de sí mismo.

La comunidad religiosa tiene en este aspecto una gran responsabilidad; es preciso que ayude a cada uno de sus miembros a cuidar la calidad de su vida consagrada como condición esencial para la calidad de la obra apostólica. Tome el tiempo conveniente para la oración comunitaria y el retiro, así como para los momentos de descanso y solaz, sabiendo que la fecundidad de su apostolado dependerá en gran parte de la riqueza de la vida comunitaria.

#### 4.9.3 *Guías expertos de vida espiritual.*

Los Hermanos, individualmente pero sobre todo en comunidad, han de asumir como tarea específica el constituirse en referencia de la búsqueda de Dios. Su presencia en la escuela debe plantearse como una respuesta viva a la sed de espiritualidad que hoy aparece con fuerza pero que tiende a ahogarse en multitud de sucedáneos. Los jóvenes, y frecuentemente también los propios compañeros de la comunidad educativa, necesitan encontrar en las personas consagradas, antes que profesionales de cualquier materia, maestros y *guías expertos de vida espiritual* (VC 55), “interlocutores privilegiados de aquella búsqueda de Dios, cuya presencia aletea siempre en el corazón humano” (VC 103).

“Las personas consagradas tienen el deber de ofrecer con generosidad acogida y acompañamiento espiritual a todos aquellos que se dirigen a ellas, movidos por la sed de Dios y deseosos de vivir las exigencias de su fe” (ibid). En esta faceta -la más específica de su identidad- no tienen jubilación. Incluso en las edades del retiro profesional podrán encontrar múltiples posibilidades de servir a los jóvenes y a mayores como educadores de la vida espiritual.

Las comunidades consagradas -a nivel local, provincial y en cuanto Instituto- han de aparecer como *escuelas de auténtica espiritualidad evangélica* (VC 93); al planificar su presencia en el marco o en la proximidad de la comunidad educativa háganlo de tal forma que puedan “llegar a ser lugares privilegiados donde se experimentan los caminos que conducen a Dios” (*Vida fraterna en comunidad*, 20). Cultiven, pues, como comunidad, su capacidad de convocatoria para la oración, para compartir la búsqueda y la experiencia de Dios, para la lectura comprensiva de la Escritura, para el diálogo en profundidad entre la fe y la cultura... De esta forma, incluso cuando su tarea como profesionales de la educación disminuya o desaparezca totalmente, no dejarán de contribuir con una aportación inestimable a la educación cristiana de la juventud.

## **5. Comencemos de nuevo el camino: nuevas perspectivas, nuevos retos**

*“Él va delante de vosotros camino de Galilea”* (Mc 16,7)

### **5.1 Una vez más... empezar a caminar.**

Los signos de los tiempos están gritando a las instituciones religiosas que sólo quien se encuentra en camino, con una conciencia clara de su identidad y con una disposición positiva para el cambio, puede seguir teniendo lugar en la historia.

Con la imagen del camino una vez más como telón de fondo, queremos recoger en este último capítulo, a modo de síntesis, algunos de los retos más importantes a los que hoy debemos hacer frente los Hermanos para ocupar nuestro puesto en esta nueva etapa de la evangelización. El Señor Jesús, el Resucitado, *“va delante de vosotros camino de Galilea”* (Mc 16,7). Este anuncio con el que Marcos concluye su evangelio es una invitación, no a repetir, sino a comenzar de nuevo el camino. El camino de Galilea, donde Jesús empezó su aventura con el anuncio del Reino, no está trillado; tiene su punto de partida en cada momento de la historia y en cada lugar. Transcurre por las orillas del lago, cruza de un lado a otro del mar; llega a donde están los seres humanos de *“los confines”*, hasta *“los que habitan en las tinieblas y en sombras de muerte”* (Mt 4,16).

Según muchas voces autorizadas, este camino se define hoy para las congregaciones religiosas como una *refundación*<sup>6</sup>. Estamos invitados, o más bien urgidos, a dejarnos llenar - individual y comunitariamente- de la fuerza del Espíritu (Lc 4,14), a revivir nuestro carisma con *fidelidad dinámica* y, al mismo tiempo, con humilde realismo histórico. Estamos invitados a discernir, dentro de las dimensiones de la Iglesia-Comunión y desde la conciencia de ser fermento en la masa, cuáles han de ser las modalidades nuevas y tradicionales de nuestra presencia y acción en el mundo educativo; para dar respuestas eficaces, pero también y sobre todo significativas, a las urgencias actuales.

### **5.2 “Dios ha iluminado nuestros corazones...”**

“El primer valor de fondo por el que hay que preocuparse es el de la 'espiritualidad', siguiendo el carisma típico de todo Instituto”<sup>7</sup>. En consecuencia, el primer reto que debemos asumir los Hermanos es el de cultivar *una sólida espiritualidad de la acción* (VC 75), una espiritualidad que se alimente de la propia realidad educativa y no de devociones extrañas a ella. Hemos de ahondar, pues, nuestra conciencia ministerial y descubrir la sacramentalidad de esta situación humana que es la educación de los niños y jóvenes; en ella Dios se nos hace presente y en ella espera ser servido.

Cada una de las urgencias que encontramos planteadas, ya sea en el terreno moral o intelectual, afectivo o religioso,... es un desafío a nuestra creatividad, pero es también una confirmación de que Dios sigue llamándonos para continuar su obra creadora y redentora. Revivamos nuestra experiencia vocacional con el mismo sentimiento de fe que hacía exclamar

---

<sup>6</sup> Cf 54ª Asamblea de la Unión de Superiores Generales: *“Por una fidelidad creativa: REFUNDAR”*. Noviembre 1998.

<sup>7</sup> Juan Pablo II, discurso al Congreso Internacional sobre la Vida Consagrada: *“Carismas en la Iglesia para el mundo: la vida consagrada hoy”*. L'Osservatore Romano 27/XI/1993, 4.

gozoso a san Pablo y también a Juan Bta. de La Salle (MR 193,1): “El mismo Dios que dijo: *Que sea la luz en el seno de las tinieblas*, es el que ha iluminado nuestros corazones” (2Co 4,6). Con esa luz podemos iluminar y anunciar el evangelio de Jesús a niños y jóvenes.

Sintiéndonos así mediadores de la luz, los Hermanos asumimos el compromiso de contribuir al desarrollo vocacional de los educadores seculares, ofreciéndoles o compartiendo itinerarios de formación, como ya se ha dicho, en los que ellos puedan descubrir también una auténtica espiritualidad de la educación cristiana y vivirla plenamente desde su identidad secular.

### **5.3 “Llevamos este tesoro en vasijas de barro”**

El sentimiento gozoso del consagrado como mediador de la luz tiene un contrapunto realista en la misma constatación que hacía san Pablo, pues “se trata de un tesoro que guardamos en vasijas de barro” (2Co 4,7). Para comenzar de nuevo el camino es preciso que haya en nosotros una conciencia clara de nuestra fragilidad, de la tendencia, tantas veces comprobada, al error y al pecado. Una terapia muy positiva consiste en mirar a nuestra historia y aprender de ella. El reconocimiento de los errores pasados, de los pecados colectivos en que se haya incurrido institucionalmente es el mejor antídoto contra la posibilidad de volver a caer en situaciones semejantes. Por el contrario, el desconocimiento o la negación de la historia favorece su repetición.

En este momento tan significativo del cambio de milenio Juan Pablo II invita a toda la Iglesia a hacer *un serio examen de conciencia*, y nosotros, como educadores consagrados, hemos de sentirnos especialmente aludidos: “A las puertas del nuevo milenio los cristianos deben ponerse humildemente ante el Señor para interrogarse sobre las responsabilidades que ellos tienen también en relación a los males de nuestro tiempo” (TMA 36).

Examinémosnos pues en los diversos niveles institucionales si no hemos mantenido escuelas en las que se valoraba más el éxito y el prestigio académico que la maduración humana y cristiana de los jóvenes, o donde se promovía más la competencia que la solidaridad... “Podríamos tener escuelas irreprochables en el aspecto didáctico, pero que son defectuosas en su testimonio y en la exposición clara de los auténticos valores” (DRE 19).

¿Se ha dado en nuestras escuelas auténtica prioridad a la educación para la justicia, a promover actitudes solidarias con los más pobres, las minorías o los grupos marginados...? Véase, por ejemplo, qué peso tienen estas preocupaciones en los dirigentes sociales y políticos educados en nuestras escuelas.

Tal vez nos hemos contentado en ocasiones con cumplir el programa académico oficial, en lugar de intentar construir un proyecto educativo que atendiera a la educación integral y cristiana de los jóvenes... ¿Ha habido una clara voluntad de llegar a los objetivos más altos de la evangelización, y se han creado las estructuras educativas que debían favorecerlo?

Analicemos las excusas de que nos hemos servido para malograr en ocasiones la dedicación preferente a los pobres, como los filtros de entrada en las escuelas para seleccionar a los más capaces y rechazar a los menos preparados...

Y en cuanto a los educadores seculares empleados en nuestras escuelas, ¿no los hemos tratado frecuentemente como simples asalariados, en lugar de proporcionarles medios y formación para que se sintieran corresponsables del proyecto educativo?

Una revisión sincera de nuestro proceder, en estos y otros aspectos, permitirá que la nueva etapa se caracterice por una mayor *coherencia entre el anuncio y la vida*, lo que

redundará en “una especial fuerza persuasiva de la profecía”. “Las personas consagradas serán fieles a su misión en la Iglesia y en el mundo en la medida que sean capaces de hacer un examen continuo de sí mismas a la luz de la palabra de Dios” (VC 85).

#### **5.4 *Dar la palabra a los pobres.***

La llamada del Resucitado para comenzar de nuevo el camino de la evangelización pasa necesariamente por aquellos que son los destinatarios privilegiados del Reino: los pobres. Sin embargo, los pobres no están ahí simplemente para ser servidos; el servicio a los pobres ha de convertirse en camino por el que su palabra llegue a los evangelizadores y éstos se conviertan en evangelizados.

Independientemente de quienes sean sus alumnos inmediatos, dar la palabra a los pobres exige de los educadores tener en cuenta las posibilidades y las necesidades del último y construir luego su programación en consecuencia.

La escucha de los pobres nos revelará a los Hermanos dónde debemos prodigarnos, dónde están los puestos que hemos de preferir y qué estilo de vida debemos asumir, que es el de la máxima simplicidad (cf VC 91). La propuesta que los pobres están haciendo a la educación actual es que todo se construya en torno a la comunidad, promoviendo la relación solidaria entre las personas: sólo en ese ámbito los pobres pueden crecer y expresarse. La palabra de los pobres es, pues, también un estímulo para que los Hermanos aportemos a la escuela nuestra experiencia de la comunión.

#### **5.5 *Maestros de vida y esperanza.***

Uno de los signos más evidentes de la vida consagrada actual, sobre todo en Occidente, es su envejecimiento en los efectivos humanos. Este signo plantea un reto que tendrá gran repercusión sobre los demás, y es la recuperación de los mayores y los ancianos para la misión educativa.

No es nada raro que muchos de los Hermanos, cuando llegan a la edad de la jubilación laboral queden en situación de “aparcamiento”, malográndose de esta forma un potencial extraordinario que podría ser muy beneficioso para la misión educativa al margen de los cauces estrictamente académicos; esto sin contar las repercusiones negativas que tal situación produce en la identidad de los Hermanos afectados.

Las personas que aún están con energía física y lucidez mental, demasiado fácilmente se las relega a funciones burocráticas, cuando tal vez podrían ser más beneficiosas en tareas de relación personal y acompañamiento, ya sea de tipo pedagógico, catequístico, espiritual, con niños y jóvenes o con otras personas mayores...

Quizás se necesite una mentalización previa para evitar que, de hecho, la jubilación laboral traiga consigo la jubilación religiosa. No existe jubilación en la misión evangelizadora, tampoco en esa parcela que es la evangelización por la educación; simplemente se participa en ella de diversas formas. Y cuando esta participación se hace comunitariamente, como es nuestro caso, entonces podemos hablar de un ministerio comunitario con múltiples funciones; entre ellas, no es la menos importante la de apoyar con la oración y el sacrificio el trabajo inmediato de los otros.

La formación permanente institucional debe preparar con antelación el paso a esta situación de “persona mayor” o de “jubilación legal”; ha de ayudar a descubrir y valorar las peculiaridades de esta fase existencial, facilitando una “reconversión”, no sólo en el cambio de actividades, sino en orden a los valores que ha de apoyar y las actitudes correspondientes.



La primera aportación que se espera de las personas mayores no se refiere a tareas concretas sino a un saber estar en medio de la comunidad como *maestros de vida y esperanza*, dispuestos a acompañar el camino y el cansancio de los que están más implicados en las tareas externas de la misión. De esta forma cooperan a que la comunidad ministerial sea para el conjunto de la comunidad educativa el *acto profético* (VC 85) que ésta necesita: un signo de fe, amor y esperanza.

## **5.6 “Como una lámpara que brilla en lugar oscuro”**

Es tiempo de que los Hermanos reafirmemos nuestra vocación profética e imprimamos decididamente esta dimensión a toda nuestra presencia en la escuela. Desde el concilio Vaticano II la Iglesia ha insistido en destacar el carácter profético de la vida consagrada (cf LG 44, VC 84) y recuerda a las personas consagradas que el mundo necesita urgentemente “un audaz testimonio profético” por parte de ellas (VC 85).

Igualmente la presencia de los Hermanos en el mundo de la educación ha de ser luz que apunte, en último término, a la primacía de Dios y de su Reino, y en esta dirección estarán sus aportaciones concretas, que variarán según sean las necesidades que haya que satisfacer o las oscuridades que convenga iluminar.

Sin duda hemos de continuar aportando esperanza a tantos jóvenes abandonados del Tercer y Cuarto Mundos a través de una labor educativa directa. En estos casos nuestra labor profética se completará, de una parte, con la promoción del voluntariado, para que otros creyentes y personas de buena voluntad se animen a dedicar parte de su vida a la educación de los más pobres; y de otra, con la dedicación a preparar educadores y catequistas salidos de los mismos ambientes que los destinatarios.

En otros muchos casos, los Hermanos nos encontraremos formando parte, a veces minúscula, de comunidades educativas amplias y heterogéneas, y en situaciones donde las necesidades educativas básicas están satisfechas. Entonces, como ya hemos repetido, cuidemos de ser fermento desde aquello en que debemos ser expertos: en la búsqueda de Dios y en la espiritualidad, en la comunión, en la preferencia por los más necesitados, en el planteamiento de las preguntas últimas, en la pasión por el Evangelio.

Al intentar asumir el reto al que nos estamos refiriendo puede caerse en un error, el de reducir la dimensión profética a acciones concretas. Para que las acciones puedan ser percibidas como signos han de estar enmarcadas por un contexto profético que deberá cultivarse en sí mismo. Este contexto viene definido por la *capacidad significativa de la persona del Hermano* –¿qué valores, actitudes, prioridades... está expresando?–, *la comunidad* –¿qué imagen transmite de fraternidad, de referencia a Cristo, de sencillez de vida, de disponibilidad...?– y *el sistema de relaciones* que ambos crean con su entorno, según los criterios ya expresados de la misión compartida.

## **5.7 Tomar decisiones mirando al futuro.**

El momento de tomar decisiones es especialmente difícil en un cambio de ciclo histórico como el que estamos viviendo. Y es entonces cuando debe estarse más atento a la fuerza del Espíritu contenida en el carisma fundacional que a la inercia de las estructuras o de las costumbres.

La vida de cualquier Instituto es una creación incesante en la fidelidad, que exige a veces decisiones costosas (Regla 149). Pero son frecuentemente esas decisiones las que permiten comenzar una nueva etapa que nos proyecta al futuro.

Las decisiones no pueden tener como primer objetivo prolongar el pasado sino dar



respuesta a las exigencias del presente y, de esta forma, preparar y adelantar el futuro inmediato. Sin embargo, para que esas decisiones sobrepasen los cambios estructurales y produzcan la transformación de las personas, han de tener en cuenta siempre la formación permanente de todos los implicados en el cambio, sean religiosos o seculares.

La reorganización de las obras es una tarea que no conviene diferir, sobre todo cuando se constata una repercusión negativa sobre la identidad o la significación profética de los Hermanos. El discernimiento previo ha de tener en cuenta los criterios ya presentados; en síntesis, “salvaguardar el sentido del propio carisma, promover la vida fraterna, estar atentos a las necesidades de la Iglesia tanto universal como particular, ocuparse de aquello que el mundo descuida, responder generosamente y con audacia, aunque sea con intervenciones obligadamente exiguas, a las nuevas pobrezas, sobre todo en los lugares más abandonados” (VC 63).

Probablemente, para poder recuperar lo más originario según las exigencias del propio carisma, haya que desalojar espacios tradicionales de misión, tareas educativas o incluso centros escolares que pueden pasar a otras manos, normalmente de seculares, a los que habrá que preparar convenientemente para que se mantenga a través de ellos el proyecto evangelizador que justificaba tales obras. Son decisiones que habrá que tomar tras un discernimiento comunitario interno y en diálogo con los responsables de la Iglesia local.

### **5.8 *La misión queda siempre por descubrir.***

La presencia de los Hermanos en la escuela está empezando una nueva etapa de su historia. Invitados por el Señor Jesús nos adentramos en el camino de la misión conscientes de que no podemos instalarnos, aunque sea con otras formas de presencia. El reto definitivo que debemos asumir es éste: que *la misión queda siempre por descubrir* (Regla 51) y nunca llega a identificarse con un proyecto o realización concreta, por perfectos que puedan parecer.

La pregunta de Pablo -¿*Qué debo hacer, Señor?*- ha de estar siempre en nuestras mentes, personal y comunitariamente. Movidos por el Espíritu revisamos las intenciones y los métodos en la actitud de quien busca a la luz del Evangelio y sometemos a examen el valor pastoral de la propia actividad y el sentido profético de nuestra presencia (cf Regla 51). Enviados a educar a los jóvenes, especialmente a los pobres, hemos de vivir nuestro carisma con fidelidad creativa; para ello debemos afinar nuestra sensibilidad para descubrir las nuevas carencias y necesidades de la juventud y buscar juntos nuevas respuestas.

Lo mismo que Moisés ante la zarza ardiendo, enviado a salvar a su pueblo, lo mismo que los discípulos de Jesús, enviados por el Resucitado a anunciar la Buena Nueva, los Hermanos vamos a la misión con la conciencia humilde de que no tenemos asegurado el acierto ni siquiera nuestra propia supervivencia, pero sí la presencia cercana del Señor: “*Yo estaré con vosotros*” (Mt 28,20). Y esto nos basta.

# INDICE

INTRODUCCIÓN: El porqué de esta reflexión.....	3
<b>I. LA HISTORIA RECIENTE DE LOS CONSAGRADOS EN LA ESCUELA</b>	
“Crucemos a la otra orilla” (Mc 4,35).....	4
1.1 “Crucemos a la otra orilla”.....	4
1.2 “Se levantó una fuerte borrasca...”.....	4
1.3 “Maestro, ¿no te importa que perezcamos?”.....	4
1.4 “¿Por qué estáis con tanto miedo?”.....	5
1.5 “Vino a su encuentro, de entre los sepulcros, un hombre con espíritu inmundo...”.....	6
1.6 “Entonces comenzaron a rogarle que se alejara de su término”.....	7
1.7 “Vete a tu casa, donde los tuyos, y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo...”.....	7
<b>II. EL PRESENTE, LUGAR DEL ENCUENTRO Y EL COMPROMISO</b>	
“Señor, ¡que vea!” (Mc 10,51).....	9
2.1 “¿Qué queréis que haga por vosotros?”.....	9
2.2 Los seguidores del Camino.....	9
2.3 “¿Qué debo hacer, Señor?”.....	10
2.4 En sintonía con el mundo para oír al Espíritu.....	10
2.5 En comunión con el Pueblo de Dios.....	12
2.6 Un nuevo “ecosistema”. Adaptarse sin perder la identidad.....	13
<b>III. LA ESCUELA, UN LUGAR PRIVILEGIADO PARA LA MISIÓN DEL HERMANO</b>	
“Dadles vosotros de comer” (Mc 6,37).....	14
3.1 El mandato de Jesús.....	14
3.2 El pan de la cultura.....	14
3.3 El Hermano en la escuela: una presencia peculiar de la Iglesia.....	14
3.4 La intuición de los fundadores de la escuela cristiana.....	15
3.5 “En medio de vosotros hay uno a quien no conocéis”.....	15
3.6 La pregunta por Dios, una pregunta difícil.....	16
3.7 Fomentar una cultura de la vocación.....	17
3.8 “Yo por ellos me consagro”.....	17
<b>IV. UNA PRESENCIA RENOVADA EN UNA MISIÓN COMPARTIDA</b>	
“Seréis mis testigos, ...hasta los confines del mundo” (Act 1,8).....	19
4.1 Ser testigos hoy: un nuevo tipo de presencia.....	19
4.2 Desde la fidelidad al carisma fundacional: raíz y profecía.....	20
4.3 Una misión compartida en una Iglesia-Comunión.....	21
4.4 En la tensión hacia “los confines”.....	23
4.5 Testigos por la significación, más que por la eficacia.....	25
4.6 Hacer de la escuela un proyecto de comunión.....	27
4.7 Poner a la persona en el centro del proyecto educativo.....	28
4.8 Desde un proceso de formación permanente y una actitud de cambio.....	29
4.9 La experiencia de pertenecer a Dios, base de la vida y del apostolado.....	30
<b>V. COMENCEMOS DE NUEVO EL CAMINO. NUEVAS PERSPECTIVAS, NUEVOS RETOS</b>	
“Él va delante de vosotros camino de Galilea” (Mc 16,7).....	32
5.1 Una vez más... empezar a caminar.....	32
5.2 “Dios ha iluminado nuestros corazones...”.....	32
5.3 “Llevamos este tesoro en vasijas de barro”.....	33
5.4 Dar la palabra a los pobres.....	34
5.5 Maestros de vida y esperanza.....	34
5.6 “Como una lámpara que brilla en lugar oscuro”.....	35
5.7 Tomar decisiones mirando al futuro.....	35
5.8 La misión queda siempre por descubrir.....	36